

SEMINARIO INTERNACIONAL
NUESTRA SEÑORA CORREDENTORA
**Itinerario espiritual
siguiendo a Santo Tomás de Aquino
en su Suma teológica**

*Redactado por Su Excelencia Monseñor Marcel LEFEBVRE
Fundador de la Fraternidad Sacerdotal San Pío X*

*Para uso de los seminaristas y sacerdotes
de la Fraternidad*

Prefacio

†

Fiesta de la Inmaculada Concepción
de la Bienaventurada Virgen María
1989

Estas páginas que siguen se dirigen particularmente a ustedes, sacerdotes y seminaristas de la Fraternidad Sacerdotal San Pío X, que en este día renuevan sus compromisos en esta congregación católica romana, aprobada oficialmente por los ordinarios de las diócesis y por las autoridades romanas.

Si el Espíritu Santo permite que redacte estas consideraciones espirituales antes de entrar, si Dios quiere, en el seno de la Bienaventurada Trinidad, me habrá permitido realizar el sueño que me hizo entrever un día en la Catedral de Dakar: frente a la degradación progresiva del ideal sacerdotal, transmitir en toda su pureza doctrinal y en toda su caridad misionera, el sacerdocio católico de Nuestro Señor Jesucristo, tal como lo transmitió a sus apóstoles, y tal como la Iglesia romana lo transmitió hasta mediados del siglo veinte.

¿Cómo realizar lo que me parecía entonces la única solución para renovar la Iglesia y la Cristiandad? Era todavía un sueño, pero en el cual se me presentaba ya la necesidad, no solamente de transmitir el sacerdocio auténtico, no solamente la “*sana doctrina*” aprobada por la Iglesia, sino también el espíritu profundo e inmutable del sacerdocio católico y del espíritu cristiano, ligado esencialmente a la gran oración de Nuestro Señor que expresa eternamente su sacrificio de la Cruz.

La verdad sacerdotal depende totalmente de esta oración; y por eso he estado siempre obsesionado por este deseo de señalar los caminos de la verdadera santificación del sacerdote según los principios fundamentales de la doctrina católica de la santificación cristiana y sacerdotal.

De buen grado uso las palabras siempre tan expresivas de San Pablo: “*Porque no nos predicamos a nosotros mismos, sino Jesucristo Señor; que a nosotros mismos nos consideramos como esclavos vuestros por causa de Jesús*” (II Cor. 4 5). Y también: “*Acordaos de quienes os conducen, los cuales os hablaron la palabra de Dios; de quienes, considerando el remate de su vida, imitad la fe. Jesucristo ayer, y el mismo es hoy, y por todos los siglos*” (Heb. 13 7).

¡Esta es su fe!

[Justamente porque el reino de Nuestro Señor ya no está en el centro de las preocupaciones y de la actividad de quienes son nuestros “prepositi”, pierden el sentido de Dios y del sacerdocio católico, y ya no podemos seguirlos].

“¡Oh Virgen Inmaculada!, que por el privilegio extraordinario de vuestra Inmaculada Concepción, nos enseñáis todas las verdades fundamentales de nuestra fe, y habéis merecido ser la Madre del Sacerdote eterno, formado en nosotros al sacerdote de Jesucristo y hacernos menos indignos de participar de este sacerdocio divino”.

+ **Marcel LEFEBVRE**

Prólogo

Saint-Michel-en-Brenne, 29 de enero de 1990,
fiesta de San Francisco de Sales

Queridos lectores:

En la tarde de una larga vida —ya que, nacido en 1905, he llegado al año 1990—, podría decir que esta vida se ha visto marcada por acontecimientos mundiales excepcionales: tres guerras mundiales, la de 1914-1918, la de 1939-1945, y la del Concilio Vaticano II de 1962-1965.

Los desastres acumulados por estas tres guerras, y especialmente por la última, son incalculables en el orden de las ruinas materiales, pero mucho más aún espirituales. Las dos primeras han preparado la guerra dentro de la Iglesia, facilitando la ruina de las instituciones cristianas y la dominación de la Masonería, la cual llegó a ser tan poderosa que logró penetrar profundamente, por su doctrina liberal y modernista, en los organismos directores de la Iglesia.

Por la gracia de Dios, instruido desde mi seminario en Roma sobre el peligro mortal de sus influencias para la Iglesia por el Rector del Seminario francés, el venerado Padre Le Floch, y por los profesores, los Reverendos Padres Voetgli, Frey, Le Rohellec, he podido comprobar a lo largo de mi vida sacerdotal qué justificados eran sus llamamientos a la vigilancia, fundados sobre las enseñanzas de los Papas y sobre todo de San Pío X.

He podido comprobar a mis expensas qué justificada era esta vigilancia, no sólo desde el punto de vista doctrinal, sino también por el odio que provocaba en los medios liberales laicos y eclesiásticos, un odio diabólico.

Los innumerables contactos a que me condujeron los cargos que me fueron confiados, con las más altas autoridades civiles y eclesiásticas en numerosos países y especialmente en Francia y en Roma, me confirmaron con exactitud que el viento era generalmente favorable para todos los que estaban dispuestos a compromisos con los ideales masónicos liberales, y desfavorable para el mantenimiento firme de la doctrina tradicional.

Creo poder decir que pocas personas en la Iglesia han podido tener y hacer esta experiencia de información en la medida en que pude hacerla yo mismo, no por propia voluntad, sino por voluntad de la Providencia.

Como misionero en Gabón, mis contactos con las autoridades civiles fueron más frecuentes que cuando era vicario en Marais-de-Lomme, en la diócesis de Lille. Este tiempo de misión quedó marcado por la invasión gaullista, en la que pudimos comprobar la victoria de la Masonería contra el orden católico de Petain. ¡Era la invasión de los bárbaros sin fe ni ley!

Quizás un día mis memorias den algunos detalles sobre estos años que van de 1945 a 1960 con el fin de ilustrar esta guerra en el interior de la Iglesia. Lean los libros del señor Marteaux sobre este período: son reveladores.

La ruptura se acentuaba en Roma y fuera de Roma entre el liberalismo y la doctrina de la Iglesia. Los liberales, después de lograr que se nombraran papas como Juan XXIII y Pablo VI, harán triunfar su doctrina por medio del Concilio, medio maravilloso para obligar a toda la Iglesia a adoptar sus errores.

Luego de asistir al combate dramático entre el Cardenal Bea y el Cardenal Ottaviani, el primero como representante del liberalismo y el otro de la doctrina de la Iglesia, quedaba claro, después del voto de los setenta cardenales, que la ruptura estaba consumada. Se podía pensar sin engaño que el apoyo del Papa iría a los liberales. ¡Ese es el verdadero problema, planteado desde entonces a plena luz! ¿Qué harán los obispos conscientes del peligro que corre la Iglesia? Todos comprueban el triunfo de las ideas nuevas venidas de la Revolución y de las Logias; dentro de la Iglesia: doscientos cincuenta cardenales y obispos se alegran de su victoria, doscientos cincuenta se asustan, y los otros mil setecientos cincuenta tratan de no plantearse problemas y siguen al Papa: “*¡Ya veremos más tarde!*”...

El Concilio pasa, las reformas se multiplican tan rápido como se puede. Comienza la persecución contra los cardenales y obispos tradicionales, y pronto, en todas partes, contra los sacerdotes y religiosos o religiosas que se esfuerzan en conservar la tradición. Es la guerra abierta contra el pasado de la Iglesia y sus instituciones: “*¡Aggiornamento, aggiornamento!*”.

El resultado de este Concilio es mucho peor que el de la Revolución. Las ejecuciones y martirios son silenciosos; decenas de millares de sacerdotes, religiosos y religiosas abandonan sus compromisos, otros se laicizan,

desaparecen las clausuras, el vandalismo invade las iglesias, se destruyen los altares, desaparecen las cruces... los seminarios y noviciados se vacían.

Las sociedades civiles que aún seguían siendo católicas se laicizan bajo la presión de las autoridades romanas: ¡Nuestro Señor no tiene ya por qué reinar en la tierra!

La enseñanza católica se hace ecuménica y liberal; se cambian los catecismos, que ya no son católicos; la Gregoriana en Roma se hace mixta, y Santo Tomás ya no está a la base de la enseñanza.

Ante esta comprobación pública, universal, ¿qué deber tienen los obispos, miembros oficialmente responsables de la institución que es la Iglesia? ¿Qué hacen? Para muchos la institución es intocable, incluso si ya no se conforma al fin para el que ha sido instituida... Los que ocupan la sede de Pedro y de los obispos son responsables; hacía falta que la Iglesia se adaptara a su tiempo. Los excesos pasarán. Es mejor aceptar la Revolución en nuestra diócesis, conducirla antes que combatirla.

Entre los tradicionalistas, ante el desprecio que Roma les muestra, un buen número dimite, y algunos como Monseñor Morcillo, arzobispo de Madrid, y Monseñor Mac Quaid, arzobispo de Dublín, mueren de tristeza, al igual que muchos buenos sacerdotes.

Es evidente que si muchos obispos hubieran actuado como Monseñor de Castro Mayer, obispo de Campos en Brasil, la Revolución ideológica dentro de la Iglesia habría podido ser limitada, pues no hay que tener miedo de afirmar que las autoridades romanas actuales, desde Juan XXIII y Pablo VI, se han hecho colaboradoras activas de la Masonería judía internacional y del socialismo mundial. Juan Pablo II es ante todo un político filocomunista al servicio de un comunismo mundial con tinte religioso. Ataca abiertamente a todos los gobiernos anticomunistas y no aporta con sus viajes ninguna renovación católica.

Se entiende, pues, que las autoridades romanas conciliares se opongan feroz y violentamente a toda reafirmación del Magisterio tradicional. Los errores del Concilio y sus reformas siguen siendo la norma oficial consagrada por la profesión de fe del Cardenal Ratzinger, de marzo de 1989.

Nadie negaba que yo fuera miembro oficial reconocido del cuerpo episcopal. El Anuario Pontificio lo afirmó hasta la consagración de obispos de 1988, presentándome como Arzobispo Obispo emérito de la diócesis de Tulle.

Con este título de Arzobispo católico pensé rendir un servicio a la Iglesia, herida por los suyos, fundando una congregación dedicada a formar verdaderos sacerdotes católicos, la Fraternidad Sacerdotal San Pío X, debidamente aprobada por Monseñor Charrière, Obispo de Friburgo, en Suiza, y avalada con una carta de alabanza del Cardenal Wright, Prefecto de la Congregación para el Clero.

Con razón podía yo temerme que esta Fraternidad, que quería aferrarse a todas las tradiciones de la Iglesia, doctrinales, disciplinarias, litúrgicas, etc., no seguiría estando aprobada mucho tiempo más por los demoleedores liberales de la Iglesia.

Es un misterio que no se levantaran cincuenta o cien obispos como Monseñor de Castro Mayer y yo, que reaccionaran contra los impostores, como verdaderos sucesores de los apóstoles.

No es orgullo y suficiencia decir que Dios, en su misericordiosa sabiduría, salvó la herencia de su sacerdocio, de su gracia, de su revelación, mediante estos dos obispos. No somos nosotros quienes nos hemos escogido, sino Dios, que nos ha guiado en el mantenimiento de todas las riquezas de su Encarnación y de su Redención. Quienes piensan deber minimizar estas riquezas e incluso negarlas sólo pueden condenar a estos dos obispos, lo cual no hace más que confirmar su cisma de Nuestro Señor y de su Reino, por su laicismo y su ecumenismo apóstata.

Tal vez alguien me diga: “*¡Usted exagera! Cada vez hay más obispos buenos que rezan, que tienen fe, que son edificantes...*”. Aunque fuesen santos, desde el momento en que aceptan la falsa libertad religiosa, y por consiguiente el Estado laico, el falso ecumenismo (y con ello la existencia de varias vías de salvación), la reforma litúrgica (y con ello la negación práctica del sacrificio de la Misa), los nuevos catecismos con todos sus errores y herejías, contribuyen oficialmente a la revolución en la Iglesia y a su destrucción.

El Papa actual y estos obispos ya no transmiten a Nuestro Señor Jesucristo, sino una religiosidad sentimental, superficial, carismática, por la cual ya no pasa la verdadera gracia del Espíritu. Santo en su conjunto. Esta nueva religión no es la religión católica; es estéril, incapaz de santificar la sociedad y la familia.

Una sola cosa es necesaria para la continuación de la Iglesia católica: obispos plenamente católicos, que no hagan ningún compromiso con el error, que establezcan seminarios católicos, donde los jóvenes aspirantes se alimenten con la leche de la verdadera doctrina, pongan a Nuestro Señor Jesucristo en el centro de sus inteligencias, de sus voluntades, de sus corazones, se unan a Nuestro Señor por medio de una fe viva, una caridad profunda, una devoción sin límites, y pidan como San Pablo que se rece por ellos, para que avancen en la ciencia y en la sabiduría del “*Mysterium Christi*”, en el que descubrirán todos los tesoros divinos; obispos católicos, que se preparen a predicar a Jesucristo, y a Jesucristo crucificado, “*opportune et importune...*”.

¡Seamos cristianos! Aun las mismas ciencias humanas y racionales sin excepción, han de ser ilustradas por la luz de Cristo, que es la Luz del mundo y que, cuando viene al mundo, da a cada hombre su inteligencia.

El mal del Concilio es la ignorancia de Jesucristo y de su Reino. Es el mal de los ángeles malos, el mal que encamina al infierno.

Justamente por haber tenido una ciencia excepcional del Misterio de Cristo, Santo Tomás ha sido proclamado por la Iglesia como su Doctor. Amemos leer y repasar las encíclicas de los Papas sobre Santo Tomás y sobre la necesidad de seguirlo en la formación de los sacerdotes, a fin de no dudar ni un instante de la riqueza de sus escritos, y sobre todo de su Suma Teológica, para comunicarnos una fe inmutable y el medio más seguro de llegar, en la oración y en la contemplación, a las riberas celestiales, que nuestras almas abrasadas del espíritu de Jesús ya no dejarán nunca, pese a todas las vicisitudes de esta vida terrenal.

+ **Marcel LEFEBVRE**

Bajo el patrocinio de la Virgen María

Ansiando poner al aspirante a la santidad, y especialmente a la santidad sacerdotal, en las mejores condiciones para llegar a ella, y aun antes de considerar sus elementos y etapas esenciales, me parece imprescindible evocar la acción particular de la Virgen María en esta adquisición, por la voluntad misma de Dios.

Si el Verbo Encarnado, que no tuvo necesidad alguna de una madre para venir hasta nosotros y cumplir su misión de Redentor, quiso sin embargo que su persona divina recibiera su cuerpo y su alma en el seno de María, y durante treinta años de un total de treinta y tres permaneció sometido a María y fue en cierto modo formado por María, ¿cómo podríamos nosotros, pobres creaturas pecadoras, imaginar siquiera que no tengamos necesidad de la ayuda eficaz de María para formar en nosotros al cristiano y al sacerdote?

Espero que tendremos ocasión de hablar más extensamente de esta influencia necesaria de María para la santificación de nuestras almas, pero me parecía necesario evocar esta condición “*sine qua non*” de nuestra santificación, a fin de que este estudio, en su totalidad, se encuentre colocado bajo su protección y auxilio.

“Tota pulchra es, o Maria, et macula non est in te”

(Cant. 4 7)

ITINERARIO ESPIRITUAL siguiendo a Santo Tomás

*“O Sapientia, quæ ex ore Altissimi prodiisti, attingens a fine usque ad finem, fortiter suaviterque disponens omnia, veni ad docendum nos viam prudentiæ”*¹.

Esto es, en efecto, lo que nos enseñará Nuestro Señor al venir a nosotros. El es la Sabiduría encarnada; El es el Profeta; El es el Sacerdote; El es el Rey. Su alma divina es el templo que abriga todas estas riquezas.

¿Acaso existió cuna o nacimiento de niño entre los hombres en que hayan brillado, de manera incomparable, todos los esplendores del gobierno de Dios en el mundo? Sí, es la cuna o el nacimiento del Niño que pronto se presentará como la vía o el camino de vuelta del hombre hacia Dios (I^a, 109, 2 ad 4).

Entre 1945 y 1947, por decisión del Superior General de los Padres del Espíritu Santo, tuve que dejar el Africa, donde me encontraba desde 1932, para tomar la dirección del escolasticado de filosofía de la Provincia de Francia, situado en Mortain. Por este mismo motivo, quedé encargado de dar las conferencias espirituales.

Para programarlas, me apoyé en el tratado de las virtudes de la Suma Teológica, y redacté unos pocos apuntes que me ayudaron a dar esas conferencias.

Pasaron los años, y mis convicciones sobre el tesoro que representa la Suma Teológica, en conformidad con el magisterio constante de la Iglesia, siguieron aumentando.

La Suma de Santo Tomás representa el armazón de la ciencia de la fe para todo seminarista o sacerdote que quiere, según el deseo de la Iglesia, iluminar su inteligencia con la luz de la Revelación y adquirir así la sabiduría divina. Por eso, me parece muy deseable que estas almas sacerdotales encuentren en esta Suma, no solamente la luz de la fe, sino también la fuente de la santidad, de la vida de oración y de contemplación, de la oblación total y sin reserva a Dios por Nuestro Señor Jesucristo crucificado. Así se prepararán ellos mismos, y prepararán también a las almas que les son confiadas, a la vida bienaventurada en el seno de la Trinidad.

Mucho deseo que, con la gracia de Dios, algunos sacerdotes de la Fraternidad más capacitados que yo emprendan la obra de elaborar la suma espiritual de la Suma Teológica de Santo Tomás. Por mi parte, como este ideal me parece demasiado pretencioso para mis capacidades, me limitaré por el momento a escoger algunas ideas maestras de la Suma, tratando de atraer la atención sobre la inmensa riqueza espiritual que encierra, y principalmente sobre la seguridad espiritual que procuran las meditaciones fundadas en una fe esclarecida, y no en un sentimentalismo religioso o un subjetivismo carismático.

¡Ojalá que estas meditaciones ayuden a conseguir una inmutabilidad espiritual que participe de la inmutabilidad de Dios!

¹ “*Oh Sabiduría, que salisteis de la boca del Altísimo, abarcando de un extremo al otro y disponiendo todas las cosas con fuerza y suavidad, ven a enseñarnos el camino de la prudencia*” (Antífona del 17 de diciembre).

Capítulo 1

Dios

A ejemplo de Santo Tomas y en su seguimiento, nuestras consideraciones se establecerán sobre la fe, sobre la Revelación, y eventualmente sobre los argumentos de razón. *“Iustus ex fide vivit”*: el justo, el santo, vive de la fe, porque la fe lleva en sí como en germen la visión beatífica; y nosotros hemos sido creados con este fin. La fe asume la luz de nuestra inteligencia y le confiere una sabiduría incomparable.

El primer tema de estudio que presenta la Suma Teológica es **Dios**. Es también el primer tema de la Oración de Nuestro Señor: *“Padre Nuestro que estas en los cielos”*. Es la primera afirmación de nuestro Credo: *“Creo en Dios”*. Es el primer mandamiento: *“Adorarás a un solo Dios”*.

El primer bien del hombre y el último, su origen y su fin, su felicidad de todos los días y de la eternidad, es Dios. Desde sus primeras horas de conciencia, el alma del niño debe volverse hacia Dios y florecer en el gran sol de Dios, *“qui illuminat omnem hominem venientem in hunc mundum”*: que ilumina a todo hombre que viene a este mundo” (Jn. 1 9).

¡Bienaventurados los ángeles, que conservaron inscrito en su corazón el *“quis ut Deus?”*: ¿quién como Dios?”, y no vacilaron en la prueba!

¡Bienaventurada la Virgen María, Inmaculada en su Concepción, que orientó para siempre su alma hacia Dios desde su más tierna infancia!

¡Bienaventurada el alma de Nuestro Señor, iluminada por la visión beatífica desde el instante de su creación!

¿Por qué tanta demora, por qué tanto retraso, por qué tanta ceguera en el conocimiento y en el amor de Dios, incluso en muchos bautizados?

Esta comprobación provoca la lamentación de Nuestro Señor en los Salmos, los improperios del Viernes Santo, en el primer capítulo de San Juan. Se puede pensar que su agonía en el huerto de los Olivos era la constatación de este ateísmo de hecho. El Amor no es amado: *“Non requirunt Deum...”*, *“non receperunt”*.

¿Este drama puede dejarnos indiferentes? La realidad de la ignorancia de Dios nos supera. ¿Qué podemos hacer? Toda la sociedad moderna lleva a esta ignorancia. Pero ¿acaso nosotros mismos no tenemos demasiada ignorancia de Dios? ¿Nos esforzamos por meditar sobre Dios, por acercarnos a este misterio insondable, al *“Alfa y Omega”*, al *“Principium et Finis”*, al Misterio de amor expresado en el Verbo Encarnado?

Santo Tomás nos invita a conocer mejor a Dios, en su Unidad, en su Trinidad, en sus obras.

Esta contemplación de la Trinidad bienaventurada, que será nuestra felicidad eterna, ¿no puede darnos ya desde ahora, en la fe y en el Espíritu Santo, un esbozo, un efluvio de lo que será esta felicidad?

Doy aquí la referencia de algunos estudios que pueden ayudar a completar o explicar la enseñanza de la Suma: • *“Las Perfecciones Divinas”*, del Padre Garrigou-Lagrange; • los Comentarios de la Suma Teológica, del Padre Pègues y del Padre Hugon; • *“Los Nombres Divinos”*, del Padre Lessius; • *“Dios”*, *“La Trinidad”*, del Padre Emmanuel; • *“Cristo, Ideal del Monje”*, capítulo 1, de Dom Columba Marmion.

No se trata de hacer un estudio teológico, sino de acercarse un poco más a la realidad que es Dios, y ante sus atributos y perfecciones infinitas lanzarnos en la adoración, en la humildad, en la oblación ardiente, a imitación de Jesucristo y de la Virgen María.

Un conocimiento más profundo de la infinitud de Dios, de su infinita caridad y misericordia, debería hacernos progresar en la Caridad de Dios, alejarnos del pecado y confirmarnos en la virtud; pues este es el camino que han seguido todas las almas santas, bajo la influencia del Espíritu de Jesús.

EXISTENCIA DE DIOS

La fe, la ciencia más segura a que podamos referimos, nos enseña la existencia de Dios: *“Credo in unum Deum Patrem omnipotentem, factorem cæli et terræ, visibilium omnium et invisibilium”*.

Ella nos enseña que Dios es Espíritu: *“Deus spiritus est”*, como se lo enseña Nuestro Señor a la samaritana. Por lo tanto, un Espíritu poderoso lo ha creado todo.

Hubo luego un momento en el que el mundo no existía, en el cual sólo Dios existía eternamente, en su santidad y felicidad perfectas e infinitas, no teniendo ninguna necesidad de crear. Nuestro Señor, al principio de su oración sacerdotal, hace alusión a esta época: *“Y ahora Padre, glorifícame con la gloria que tenía junto a Ti antes de que el mundo existiese”* (Jn. 17 5).

La fe nos enseña que la razón puede y debe llegar a la conclusión de la existencia de Dios, y San Pablo en su Epístola a los Romanos (1 18) reprocha con vehemencia a los hombres el no haber conocido al verdadero Dios, que se manifiesta por sus obras.

Y es que, en efecto, todo lo que existe, todo lo que somos, proclama la existencia de Dios, y canta sus perfecciones divinas. Todo el Antiguo Testamento, y particularmente los Salmos y los Libros Sapienciales, cantan la gloria del Creador. Por eso los Salmos tienen un lugar primordial en la oración litúrgica y sacerdotal.

Es bueno meditar sobre la creación, “*ex nihilo sui et subiecti*”, hecho de la nada, por la simple decisión del Creador: “*Qui putat se esse aliquid, cum nihil sit, ipse se seducit*: si alguien cree ser algo, no siendo nada en realidad, se engaña a sí mismo” (Gal. 6 5).

Cuanto más profundizamos esta realidad, tanto más nos asombramos de la omnipotencia de Dios y de nuestra nada, y de cuán necesario es que toda creatura sea constantemente sostenida en la existencia, bajo pena de desaparición, de volver a la nada. Así nos lo enseñan la fe y la filosofía.

Por sí solas, esta meditación y esta comprobación deberían arrojarnos en la humildad, en la adoración profunda, y darle a esta actitud una inmutabilidad parecida a la de Dios mismo, que es inmutable. Deberíamos estar llenos de una confianza sin límites hacia Aquel que es nuestro Todo y que decidió crearlos y salvarlos.

¡Con qué devoción y sinceridad deberíamos rezar cada mañana, al comienzo de Maitines, el Salmo 94: “*Venite, exsultemus... Venite, adoremus... quoniam ipsius est mare, et ipse fecit illud, et aridam fundaverunt manus ejus; venite, adoremus et procidamus ante Deum, ploremus coram Domino, qui fecit nos, quia ipse est Dominus Deus noster, nos autem populus ejus et oves pascuae ejus*”².

¡Cómo no dar gracias a la Iglesia, que pone estas palabras en nuestros labios para expresar los sentimientos más profundos de nuestras almas de creaturas!

La creación es un gran misterio, porque Dios es para nosotros el gran Misterio y seguirá siéndolo eternamente, incluso en la visión beatífica. “*Nemo Deum vidit unquam, nisi qui ex Deo est*: sólo el Verbo y el Espíritu Santo ven a Dios, pues proceden de Dios y son un solo Dios con el Padre” (Jn. 6 46).

Tratar de los atributos y de las perfecciones de Dios, realidad espiritual que lo abraza todo, que lo vivifica todo, que lo sostiene todo en la existencia, no hará más que aumentar el Misterio divino, para nuestra mayor satisfacción, edificación y santificación.

Santo Tomás dice esto: “*Cuanto más perfectamente conozcamos a Dios en este mundo, tanto más entendemos que supera todo lo que la inteligencia comprende*” (II^a II^{ae}, 8, 3).

Puesto que la fe viene en socorro de la razón para convencernos de la existencia de Dios, y nos abre horizontes maravillosos sobre la intimidad de Dios por la Revelación y sobre todo por la Encarnación del Verbo Divino, hemos de preguntarnos si puede darse a Dios un nombre que sea propio de El y nos ayude a conocerlo mejor.

Ahora bien, es precisamente lo que Dios hizo tanto en el Antiguo Testamento como en el Nuevo. Así habló Dios a Moisés: “*Preguntó Moisés a Dios: Si voy a los israelitas y les digo: El Dios de vuestros padres me ha enviado a vosotros; cuando me pregunten: ¿Cuál es su nombre?, ¿qué les responderé? Dijo Dios a Moisés: Yo soy el que soy. Y añadió: Así dirás a los israelitas: El que es, me ha enviado a vosotros*” (Ex. 3 13-14). Y Nuestro Señor se expresa de la misma manera con los judíos que le decían: “*¿Aún no tienes cincuenta años y has visto a Abraham? Jesús les respondió: En verdad, en verdad os digo: antes de que Abraham existiera, Yo soy*” (Jn. 8 57-58).

Nunca admiraremos lo suficiente estas respuestas tan luminosas, que por otra parte coinciden con las conclusiones de nuestra razón. “*Dios es*”, El es el “*ens a se*”, el ser por sí mismo; todos los otros seres son “*ab alio*”, no tienen en sí mismos su razón de ser.

Estas afirmaciones simples son una fuente de meditación y de santificación inagotable. Tanto en la mirada en Dios que se pierde en lo infinito, como en la comprobación de las relaciones de la criatura con el Creador, o en la consideración de la nada de la creatura, estamos frente a lo que hay de más verdadero, de más profundo y de más misterioso en Dios y en nosotros mismos.

² “*Venid, regocijémonos... Venid, adoremus... porque suyo es el mar, y El lo ha hecho, y sus manos formaron la tierra; venid, adoremus y prosternémonos ante Dios, lloremos ante el Señor que nos ha creado, porque El es el Señor Dios nuestro, y nosotros somos su pueblo, y las ovejas que El apacienta*”.

Las perfecciones de Dios

Conviene recordar durante toda esta contemplación de Dios, que debemos aplicar todo lo que se dijo de Dios a Nuestro Señor Jesucristo, que es Dios verdadero. No se puede separar a Jesucristo de Dios. No se puede separar la religión cristiana de Jesucristo, que es Dios, y se ha de comprobar y creer que sólo la religión católica es la religión cristiana. Estas afirmaciones tienen como consecuencia conclusiones ineludibles y que ninguna autoridad eclesiástica puede contestar: fuera de Jesucristo y de la religión católica, fuera de la Iglesia, no hay salvación, no hay vida eterna; todo el que se salva, llega a la vida eterna por su adhesión al Cuerpo místico de Nuestro Señor.

Otra consecuencia: todas las sociedades que Nuestro Señor ha creado deben necesariamente colaborar, según su finalidad, a que las almas se hagan católicas y luego sigan siéndolo, para conseguirles la salvación eterna, fin de toda la Creación, fin de la Encarnación y de la Redención.

Estas conclusiones son inmortales, incambiables. Son la expresión de toda la Revelación, y han sido los principios directivos de toda la Iglesia hasta el Concilio Vaticano II.

[La instauración de esta "Iglesia Conciliar", imbuida de los principios de la Revolución Francesa, principios masónicos sobre la religión y las religiones, sobre la sociedad civil, es una impostura inspirada por el infierno para la destrucción de la religión católica, de su magisterio, de su sacerdocio y del sacrificio de Nuestro Señor.

Lógicamente, esta nueva Iglesia no podía seguir cantando las alabanzas de Jesucristo, Rey universal de las naciones, ni puede tener ya los pensamientos de Nuestro Señor sobre el mundo; por eso se ha cambiado todo el espíritu de la Liturgia, modificando muchísimos detalles tanto en los textos como en los gestos.

La nueva Iglesia, desde entonces, nos impide la contemplación del Verbo Encarnado tal como se lo canta en todas las fiestas litúrgicas. Debemos a toda costa permanecer fieles al espíritu de la Iglesia católica, si queremos darnos a la contemplación de los misterios divinos, del misterio del Verbo Encarnado, del misterio de la Santísima Trinidad].

Las perfecciones divinas se distinguen de las operaciones divinas. Aunque en Dios no haya separación alguna, la debilidad de nuestro espíritu nos obliga a estudiar a Dios de manera humana.

Dios es la Verdad, la Bondad, la Belleza. Estos atributos son los del ser que es Dios. Dios, que posee todo el ser en sí mismo, posee por ende la verdad, la bondad, la belleza en su más acabada perfección.

Cuanto más participan los seres del Ser divino, tanto más participan de su Verdad, de su Bondad, de su Belleza.

Nuestro conocimiento de Dios es muy imperfecto en esta vida y lo seguirá siendo en el Cielo, porque haría falta ser Dios para conocerlo en toda su perfección y su ser, como sucede en las tres personas divinas.

Un medio de llegar a conocer mejor a Dios consiste en negar en El todas las limitaciones de las creaturas, limitaciones que, por otra parte, nos sirven para demostrar la existencia de Dios. Así, pues, negamos en Dios toda imperfección: Dios es perfecto; negamos todo límite: El es infinito; negamos todo límite en el espacio: El está en todas partes, omnipresente; negamos todo límite en el tiempo: El es eterno; negamos toda mutación: El es inmutable.

Habría que citar aquí, a propósito de esto, numerosos textos de la Sagrada Escritura. Se puede decir que todo el Antiguo Testamento es un himno a la perfección infinita de Dios; expresa de manera maravillosa el espíritu de adoración, la grandeza, la omnipotencia de Dios, su Providencia en la historia de la humanidad y especialmente en la historia de Israel, que prepara al Mesías.

El Nuevo Testamento, a su vez, será la manifestación, la epifanía de la Santísima Trinidad, de su Caridad infinita, de su misericordia insondable hacia los pecadores que somos nosotros.

¡Con qué profunda convicción deberíamos pronunciar todas las oraciones litúrgicas que nos recuerdan sin cesar las perfecciones divinas! La humildad, el silencio y todo lo que nos aleja del mundo acabarían entonces siéndonos naturales, para darnos el gusto de vivir en Dios, en la Trinidad Santa, en Jesucristo y por Jesucristo, en este océano de bondad, de misericordia y de omnipotencia.

Entonces Jesucristo ocupará en nosotros, cada vez más, el verdadero lugar que se le debe como Dios Encarnado, y su Eucaristía, sacrificio y sacramento, pasará a ser el centro de nuestra vida y de nuestros pensamientos, y a través de ella penetraremos en la inmensa realidad de la Santísima Trinidad.

Capítulo 3

La vida divina

Después de maravillarnos de las grandezas infinitas del Ser divino considerado de manera más bien estática, intentemos abordar la meditación y la contemplación de Dios considerado en su dinamismo, en su vida, en sus operaciones tanto internas como externas. Abordamos un mundo maravilloso, como Moisés al acercarse a la zarza ardiente. Purifiquemos nuestros corazones y nuestras almas para pedir al Espíritu de Dios un rayo de luz, semejante a la luz de la gloria en el Cielo, para descubrir algo de la luz ardiente que es la Luz divina, de la cual San Juan habla con tanta elocuencia y convicción en su Evangelio y en sus Epístolas.

“Este es el mensaje que hemos oído de El y que os anunciamos: Dios es Luz, en El no hay tiniebla alguna” (I Jn. 1 5). *“Quien no ama no ha conocido a Dios, porque Dios es Amor. En esto se manifestó el amor que Dios nos tiene; en que Dios envió al mundo a su Hijo único para que vivamos por medio de El”* (I Jn. 4 8-9).

“Deus caritas est: Dios es caridad”. Es sin duda la palabra que ilustra más perfectamente las operaciones divinas, tanto internas como externas. Se puede decir con verdad que Dios es Trinidad porque es Caridad. ¿Cómo sería Caridad si no hubiera más que una persona en Dios? Así, pues, Dios es una hoguera ardiente de Caridad en la que se conocen y se aman eternamente las tres Personas divinas.

El Oficio de la Santísima Trinidad corona todo el año litúrgico.

La Santísima Trinidad es, en efecto, el gran misterio por el que se realizan todos los designios de Dios. De la Santísima Trinidad procede todo, y a Ella todo retorna. Nada se explica, nada se comprende, nada subsiste sin la Santísima Trinidad, fuente inagotable y eterna de caridad en la Trinidad misma y fuera de la Trinidad.

“Caritas Pater est, gratia Filius, communicatio Spiritus Sanctus, o beata Trinitas” (Antífona de la Santísima Trinidad); *“Ex quo omnia, per quem omnia, in quo omnia, ipsi gloria in saecula”* (Antífona de la Santísima Trinidad)³.

“Ahora que el sol enrojecido se aleja, Vos, Luz eterna, unidad en Vuestra Bienaventurada Trinidad, llenad nuestros corazones de caridad” (Himno de Vísperas de la Santísima Trinidad).

¡Qué reconfortante y consoladora es esta meditación sobre la Trinidad Caridad y la Caridad Trinidad, fuente asimismo de unidad!

LA CREACIÓN

Si pasamos de la Caridad eterna a la difusión de esta Caridad en las creaturas, descubriremos pronto en todas ellas la marca de la Caridad divina. Siendo Dios Caridad, ¿puede acaso comunicar otra cosa que la caridad?

La señal de la caridad en las creaturas se descubre por el principio de finalidad. Cada creatura ha sido hecha en vistas a su fin; su fin está inscrito en la naturaleza y sobrenaturaleza de las creaturas espirituales, y en la naturaleza de los seres corporales. En toda creatura está inscrito un *“ordo ad finem”*. En este orden se encuentra el dinamismo de la caridad, que conduce a cada creatura hacia su fin. Claro está que este dinamismo es plenamente consciente en las creaturas espirituales, e inconsciente en el orden animal, vegetal y mineral.

“Homo ad Deum ordinatur”, dice Santo Tomás. La finalidad del hombre, y también la del ángel, es Dios.

La Iglesia nos enseña en nuestros catecismos católicos: *“¿Para qué ha creado Dios al hombre? Dios ha creado al hombre para que lo conozca, lo ame y lo sirva en esta vida, y mediante esto obtenga la vida eterna”*.

Esta respuesta no es más que la síntesis de lo que Nuestro Señor nos enseña en el Evangelio: *“Hæc est autem vita æterna, ut cognoscant te solum Deum verum et quem misisti Iesum Christum: la vida eterna consiste en que te conozcan a Ti, único Dios verdadero, y a quien Tú enviaste, Jesucristo”* (Jn. 17 3).

Este principio de finalidad, al realizar la difusión de la caridad, será el motor de toda actividad en la creación, y la inteligencia y la voluntad de los espíritus tendrán que concurrir a la obtención del fin, incluso por sus actos libres. También la libertad está sujeta al fin y debe concurrir meritoriamente a alcanzar esta meta. La libertad nos ha sido dada sólo para elegir los diferentes medios que conducen al fin, pero no puede, sin entrar en el desorden, elegir medios que aparten del fin.

Estos principios son elementales para la realización del plan divino: extender la caridad, que no es más que la unión con Dios. Toda la Providencia de Dios ha estado y estará siempre orientada en este sentido.

³ *“El Padre es caridad, el Hijo es gracia, el Espíritu Santo es su comunicación, ¡oh bienaventurada Trinidad!”; “Todas las cosas proceden de El, todas las cosas son por El, todas las cosas son en El; a El sea la gloria por todos los siglos”*.

El verdadero sentido de la inteligencia, de la voluntad, de la libertad, se comprende sólo bajo esta luz proveniente de Dios “*que ilumina a todo hombre que viene a este mundo*” (Jn. 1 29), luz viva y ardiente de la Caridad divina. Dios es libre y comunica la libertad en función del primer mandamiento de amor, que contiene toda la ley: “*A un solo Dios adorarás y amarás perfectamente*”.

Toda la creación está en dependencia de este primer mandamiento, y todas las personas y todas las sociedades, creaturas de Dios, deben someterse a El, incluso las sociedades civiles. Todo debe concurrir a este amor y nada debe oponérsele. El reino de Dios que Nuestro Señor vino a restablecer no es otra cosa que este reino de Amor.

[Al nivel de estos principios fundamentales de la Providencia Divina y de su sabiduría infinita se sitúa el error del liberalismo, que tiende a ignorar el principio de finalidad de la libertad, para concederle una extensión que no tiene en el plan divino, en detrimento de la Ley divina y en detrimento de los deberes de las diferentes sociedades, que dejan proliferar los pecados y los escándalos. Este error destruye la moral individual y la moral social. Se opone así al reino de amor de Dios y de Nuestro Señor].

Contemplemos el acto de amor que ha sido la creación, y esforcémonos por realizar en nosotros y a nuestro alrededor este Reino de Dios y de Nuestro Señor, para cuyo restablecimiento Dios aceptó morir en la Cruz, manifestando nuevamente su amor infinito por las creaturas, desordenadas y pecadoras. “*O admirabile commercium!...*”. Releamos frecuentemente este pasaje admirable de la epístola de San Pablo a los Efesios (3 8ss) que la Liturgia nos presenta el día de la fiesta del Sagrado Corazón. La creación de esta nueva familia humana de los cristianos es en realidad una nueva creación que prepara a los predestinados y a los elegidos de Dios: “*Quotquot autem receperunt eum, dedit eis potestatem filios Dei fieri: A todos cuantos lo recibieron, les dio el poder de ser hijos de Dios*” (Jn. 1 12); es la creación del Cuerpo místico de Jesús, al que nos adherimos mediante un bautismo válido y fructuoso. “*Euntes docete omnes gentes, baptizantes eos in nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti: Id, pues, y enseñad a todas las gentes, bautizando en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo*” (Mt. 28 19). Esta familia, y ella exclusivamente, es la familia católica, porque sólo ella posee una fe íntegra en Jesucristo y en su obra: la Iglesia.

[La voluntad de Vaticano II de querer integrar en la Iglesia a los no católicos sin exigirles conversión, es una voluntad adúltera y escandalosa. El Secretariado para la Unidad de los Cristianos, por medio de concesiones mutuas —diálogo—, conduce a la destrucción de la fe católica, a la destrucción del sacerdocio católico, a la eliminación del poder de Pedro y de los obispos; se elimina el espíritu misionero de los apóstoles, de los mártires, de los santos. Mientras este Secretariado conserve el falso ecumenismo como orientación, y mientras las autoridades romanas y eclesiásticas lo continúen aprobando, se puede decir que siguen en ruptura abierta y oficial con todo el pasado de la Iglesia y con su Magisterio oficial. Por eso todo sacerdote que quiere permanecer católico tiene el estricto deber de separarse de esta Iglesia conciliar, mientras ella no recupere la tradición del Magisterio de la Iglesia y de la fe católica].

Como conclusión de estas breves consideraciones sobre la Sabiduría divina en el plan de la creación, recordemos que la obra de la santificación de las almas en esta vida, y el ejercicio de la caridad que se realiza por el cumplimiento de los mandamientos de amor contra el espíritu de la carne, el espíritu del mundo y del demonio, se atribuyen particularmente al Espíritu Santo, Espíritu de Amor. San Gregorio, en las lecciones de la fiesta de Pentecostés, expresa con elocuencia y energía este vínculo entre el amor de Dios y la observancia de los mandamientos, apoyándose en las palabras mismas de Nuestro Señor: “*Si quis diligit me, sermonem meum servabit, et Pater meus diligit eum, et ad eum veniemus, et mansionem apud eum faciemus*”; y en las de San Juan en sus Epístolas: “*Qui dicit: Diligo Deum, et mandata eius non custodit, mendax est*”⁴.

¡Jesús, María, ayudadnos a cumplir esta petición del “*Padrenuestro*”: “*Hágase Tu voluntad así en la tierra como en el cielo*”, para que nuestras almas sean templo de la Santísima Trinidad, hoy y por toda la eternidad!...

¡Ojalá que nosotros, sacerdotes o futuros sacerdotes del Señor, vivamos en esta presencia activa de Dios omnipresente y omnipotente! ¡Ojalá que podamos ver en la Eucaristía al Dios creador y redentor, al Jesús del Pe-sebre, al Jesús de Nazaret, al Jesús Profeta, Sacerdote y Rey que enseña a sus futuros sacerdotes y ordenándolos antes de subir la Cruz, al Jesús que resucita, sube al Cielo y envía su Espíritu de Amor para fundar su Iglesia, su Esposa, su Cuerpo místico, y atraer sus miembros al Cielo!

¡Ojalá que podamos adquirir un espíritu misionero que transmita este fuego divino a las almas, por el ejemplo de una fe viva que todo lo refiere a Dios y a Jesucristo, que esclarece a las almas sobre la sabiduría infinita de Dios, su bondad, su misericordia, y las acostumbra a la humildad delante de Dios, a adorar su Voluntad, a ponerse en total dependencia de El, asociando a las almas en la conquista del reino de Nuestro Señor, de su Sagrado Corazón, y del Reino del Corazón Inmaculado de María!

⁴ “*Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre lo amará, y vendremos a él, y haremos en él nuestra morada*”; “*Quien dice que ama a Dios, y no guarda sus mandamientos, es un mentiroso*”.

Capítulo 4 Los ángeles

La existencia de los ángeles, su perfección, su actividad, la caída de los ángeles malos, su influencia en nosotros y en el mundo, todo esto nos es revelado por la Sagrada Escritura y la Tradición, y pertenece al objeto de nuestra Fe.

¡Qué gran perjuicio causa a nuestras almas el olvido de este mundo espiritual de los ángeles, más numerosos que los hombres, más perfectos que ellos! La influencia de los ángeles buenos y malos en nuestras almas es mucho más importante de lo que pensamos. El solo hecho de que tengamos un ángel custodio que vela por nosotros, sin dejar de contemplar el rostro de Dios, debería animarnos a conversar con él, a recurrir a su auxilio, para que nos ayude a conquistar la vida eterna y compartir su felicidad.

Nos inclinamos más a creer en la influencia de los malos ángeles que en la de los buenos. Esforcémosnos en penetrar el mundo maravilloso de todos estos espíritus llenos de la luz y de la caridad del Espíritu Santo, abrasados de amor de Dios y del prójimo.

Estos espíritus angélicos tienen una inteligencia y una voluntad mucho más perfectas que las nuestras. Por eso su aceptación o su rechazo a participar en la gloria de Dios fueron definitivas. El orgullo de los que creyeron alcanzar esta gloria por sí mismos los precipitó al Infierno para siempre.

¡Qué lección sobre la **gravedad del pecado!** ¡Cómo deberían temblar de terror los pecadores que permanecen en el pecado, y hacer el propósito de alejarse del pecado por la gracia y la sangre de Nuestro Señor, lo cual es posible mientras somos peregrinos en esta vida, pero ya no será posible después de la muerte!

Aprendamos a vivir en compañía de los santos ángeles. Cada día, en el Prefacio de la santa Misa, la Iglesia nos invita a imitar a los santos ángeles, cantando la gloria de Dios: “*Sanctus, Sanctus, Sanctus...*”, cantando el “*Gloria in excelsis Deo*”.

Los oficios litúrgicos de los Arcángeles san Miguel, san Rafael, san Gabriel, son maravillosos y celestiales. ¡Qué hermosas lecciones nos dan por sus ejemplos y sus palabras! Nada hay tan celestial como el Oficio de difuntos, que nos encomienda a los ángeles: “*Subvenite angeli Dei*”; “*In paradisum deducant te angeli*”, etc. ¡Qué alentadora es la fe de la Iglesia en los santos ángeles! Guardémosla preciosamente y comuniquémosla a los fieles.

El hecho de que una parte de los ángeles haya caído es demasiado importante en sí mismo y en sus consecuencias para que no reparemos en él: todos los hombres sufren las terribles consecuencias del pecado de los ángeles, y por eso este acontecimiento concierne a la salvación de cada alma.

El pecado original y todas sus desastrosas consecuencias, la acción maléfica de los demonios sobre todos los hombres, son el resultado de este abominable pecado de los ángeles.

¿En qué consistió, pues, este pecado de los ángeles?

Dios quiere, con razón, que las creaturas espirituales inteligentes y libres merezcan la felicidad eterna y manifiesten espontáneamente su amor a Dios orientándose por sí mismas, bajo la influencia de la gracia, hacia la felicidad a la que Dios las destina.

Los ángeles, mucho más perfectos que los hombres, comprendieron con una inteligencia perfecta, ayudada por la gracia santificante de que están provistos desde su creación, la felicidad de la visión beatífica a la que Dios los llamaba. Así, pues, se les proponía una elección, moralmente obligatoria, pero libre. La proposición de esta elección, al ser para cada ángel lo más clara y luminosa posible, debía recibir una respuesta de adhesión instantánea y definitiva. Todos tendrían que haber respondido: “*¿Quis ut Deus?*”: ¿Quién es como Dios para que no lo amemos y no nos sometamos a esta proposición, que es la manifestación de la caridad infinita de Dios hacia sus creaturas espirituales?

Desgraciadamente, el orgullo y la complacencia en sí mismos de un cierto número de ángeles, los arrastró hacia una elección negativa. “*Lo que somos nos basta; encontramos en ello nuestra gloria*”. El resultado fue inmediato: perdieron la gracia santificante y fueron precipitados a las tinieblas y al fuego del odio del Infierno para siempre, ya que permanecen eternamente en su mala elección.

La proposición de esta felicidad suprema, ¿se hizo por medio de Nuestro Señor Jesucristo, por la adhesión al misterio de la Encarnación? Es probable, porque, ¿cómo concebir que Nuestro Señor sea el Rey de los Ángeles, sin que hayan consentido a su reino? Así se entienden mejor todas las expresiones de la Sagrada Escritura: “*Rex caeli et terræ*”, “*Rex universorum*”, “*Data est mihi omnis potestas in caelo et in terra*”, “*Omnium creaturarum dominatum obtinet essentia sua et natura*” (fiesta de Cristo Rey). La carta de San Pablo a los Colosenses

(Col. 1 15-20) es explícita sobre el Reino de Nuestro Señor sobre los ángeles. Así se explica también el odio de los demonios contra Nuestro Señor.

La realidad de la existencia de miríadas de espíritus angélicos y, por desgracia, también de miríadas de demonios, su influencia sobre nosotros querida por la Providencia de Dios para los buenos ángeles y permitida para los malos, no puede dejarnos indiferentes y debe intervenir en nuestros juicios sobre la vida espiritual e incluso sobre los acontecimientos de la vida cotidiana.

El pensamiento de los santos ángeles debería sernos familiar, y preparar así la realidad celestial; de igual modo, debemos hacer todo lo posible para evitar la mala influencia de los demonios.

Nuestra actitud con los demonios, ya sea en nuestra vida interior personal, ya sea en nuestra actividad pastoral, debe ser conforme al pensamiento y a la Tradición de la Iglesia. A este respecto, repasemos frecuentemente las prescripciones del Ritual, que nos da preciosos y sabios consejos.

La influencia creciente de los demonios en estos tiempos de desorden, y el abandono de la pastoral de los exorcismos por parte del clero progresista, provoca un aumento de pedidos de auxilio a los sacerdotes de la Tradición.

Nuestra actitud en este campo ha de ser de gran prudencia y sabiduría: ante todo descartar los casos que son competencia de la medicina, y exigir la práctica religiosa tradicional, especialmente la asistencia frecuente al santo sacrificio de la Misa, el sacramento de penitencia, el rezo del Rosario, la oración a san Miguel Arcángel; luego, el exorcismo menor de san Miguel; finalmente, raras veces, el exorcismo mayor.

Durante estos exorcismos, no hacer jamás preguntas indiscretas a los demonios, no entrar jamás en conversación con los demonios, sino ordenarles imperativamente al modo de las oraciones del exorcismo mayor.

Los demonios son muy inteligentes y astutos; excitan la curiosidad para lograr hechizar, lenta pero seguramente, al sacerdote exorcista, y acaban por hacerle cumplir sus voluntades, obligándolo a actos generalmente buenos, pero por medio de los cuales lo conducen luego a actos malos cuando dominan su voluntad.

Por eso hay que negarse a todo diálogo; Satanás logró pervertir a Eva porque aceptó dialogar.

Sepamos imponer un límite a esta pastoral, para que no se haga avasalladora: pues este es uno de los fines de los demonios para impedirnos realizar nuestro apostolado.

Esta pastoral debe contribuir a nuestra santificación, y no a turbarnos y llevarnos al pecado.

Capítulo 5

La creación del mundo; el hombre

Nunca rezaremos lo suficiente para pedir a Jesús y a María que abran los ojos de nuestro espíritu y nos comuniquen la inteligencia y la luz que tenían sus almas, para ver a través de la obra de la creación del mundo y del hombre las perfecciones infinitas de Dios, la difusión de su Caridad, la sobreabundancia de su misericordia.

“Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos. Bienaventurados los puros de corazón, porque ellos verán a Dios” (Mt. 5 3, 8).

¿Es concebible que lo que sin cesar debería conducirnos a Dios se haya convertido en un obstáculo, en un velo para nuestro conocimiento de Dios? Toda la Escritura nos invita a cantar la gloria y el poder de Dios a través de sus creaturas, y no deja de recordarnos el dominio absoluto de Dios sobre el universo espiritual y corporal. Nuestro Señor, verdadero Dios, nos ha enseñado que dominaba a toda creatura, pues todo le obedecía instantáneamente.

Aceptemos con sencillez, humildad y fe el relato del Génesis, que nos describe la obra de la creación realizada por Aquel que es la fuente del ser. *“Venite adoremus, et procidamus ante Deum, ploremus coram Domino, qui fecit nos, quia Ipse est Dominus Deus noster”* (Salmo 94)⁵. Esta es la única actitud verdadera que podemos tener delante del misterio insondable de Dios Creador.

Aprovechemos los contactos que la gente tiene con la Creación —ya que viaja sin cesar— para hacerles ver a Dios a través de estas maravillas de las creaturas, y para restablecer a las creaturas que somos nosotros en su verdadera dimensión frente a Dios, frente a Nuestro Señor, frente al Espíritu Santo. Alentemos a nuestros fieles a vivir en el campo y a alejarse de las ciudades, que son cada vez más lugares de perdición y de escándalo. Que aprovechen los cursos por correo, tanto religiosos como profanos, para educar a sus hijos.

Toda la naturaleza no sólo canta la gloria del Creador, sino que también revela la Caridad que dominó en toda la creación, realizando el fin prescrito a cada creatura con notable perfección, en la obediencia perfecta a las leyes establecidas por Dios; leyes de gravitación, leyes de atracción, leyes de gravedad, leyes de la vegetación, leyes del reino animal. Nada escapa a Dios en la aplicación de estas leyes, a no ser que el hombre intervenga para perturbar estas leyes de la naturaleza. Esta Caridad innata, que nos descubren las leyes de la naturaleza en este mundo desprovisto de inteligencia, debería animarnos a seguir la ley de caridad que Dios ha inscrito en nuestras almas, nuestros corazones y nuestros cuerpos, y que El se ha dignado expresarnos en su Revelación.

Así se abre para nosotros la meditación o la contemplación de la obra que Dios, en su soberana sabiduría, ha querido realizar en el hombre.

Esta obra, sin duda, está hecha a base de armonía entre el mundo material y el mundo espiritual, pero también de contraste, contrariamente a la creación de los puros espíritus que son los ángeles.

Esta **unión de los dos mundos** en los seres humanos, espíritu y cuerpo, es para ellos a la vez una fuente de acción de gracias por los dones extraordinarios de la naturaleza espiritual, adornada por añadidura con los dones sobrenaturales, y también una fuente de humildad y de humillación, para estos espíritus prisioneros en su envoltura corporal y dependientes en todo de este cuerpo, en orden al conocimiento y a la realización de la voluntad de Dios. Esto exigirá una enseñanza, una educación, y autoridades humanas que ayuden a estos espíritus a alcanzar el fin que Dios les asigna: la felicidad eterna en el seno de la Trinidad divina, por el cumplimiento de la ley y por el auxilio de la gracia.

Cierto es que Dios había provisto a nuestros primeros padres de todos los medios necesarios para la obtención de este fin maravilloso por la observancia de las leyes impuestas por El. Pero por influjo de Satanás, **Eva desobedeció** a la ley de Dios y condujo a Adán a este horrible pecado que acarreará consecuencias asombrosas de desorden en su descendencia y en toda la historia de la humanidad, pero asombrosas también por la manifestación de la misericordia de Dios, que irá hasta su muerte en la Cruz en la persona del Verbo, el cual se revestirá de esta carne de pecado para recrearse una familia de elegidos, purificados en su sangre y miembros de su Cuerpo místico.

Por esta decisión prevista desde toda la eternidad, el Verbo decide darse una Madre, la Virgen María, inmaculada, Madre de la familia de los santificados.

Ante este anuncio hecho ya a nuestros primeros padres, ¿cuáles deben ser nuestros sentimientos, nosotros que no somos solamente de la familia de los santificados, sino también elegidos de entre estos santificados para

⁵ *“Venid, adoremos y prosternémonos ante Dios, lloremos ante el Señor que nos ha creado, porque El es el Señor Dios nuestro”.*

hacernos y ser santificadores? Los de la Iglesia en su canto del Exsultet: “*O beata Nox!...*”; los de la Iglesia en las oraciones del Viernes Santo, en que pide con fervor la conversión de todas las almas a Jesucristo.

Pero consideremos **la concepción del Creador**, del Dios todopoderoso, en su creación del hombre. ¿Cómo concibió su psicología en este contexto de unión de alma y cuerpo?

Es imposible llegar a la verdad sobre la naturaleza de las diversas creaturas, y sobre todo del hombre, sin buscar cuál fue el fin de Dios en esta creación. Dios lo armoniza todo en las creaturas en miras al fin a que las destina. Es propio de la inteligencia, de la sabiduría y de la voluntad animada por la caridad, asignar un fin preciso para cada obra, para cada operación y para cada ser.

El fin intentado es inmutable, necesario, obligatorio, bajo pena de graves sanciones, para las creaturas espirituales dotadas de libertad.

¿Cómo conoceremos nosotros este fin que nos asigna nuestro Creador y nuestro Salvador? Por la razón y por la fe en la Revelación divina y en el Profeta por excelencia, Nuestro Señor Jesucristo.

Hacer **conocer este fin** a los niños al despertar su razón, y sobre todo por la fe, es el deber más grave de los padres. Hacer conocer a los padres la verdadera religión para que conozcan a Dios, lo amen y lo sirvan, es también el deber más urgente de los apóstoles y de los sacerdotes.

Pues, para los hombres, la ignorancia del fin es el mayor mal que pueda sucederles. Si no conocen el fin, usarán mal los medios que Dios ha puesto a su disposición para la obtención del fin. Harán entonces mal uso de sus facultades y sobre todo de su libertad. Vivirán en el pecado y se destinarán al Infierno.

Su inteligencia, bajo la influencia de Satanás, les hará inventar falsas religiones con leyes y costumbres contrarias a la Ley divina. El dinamismo de la caridad que Dios depositó en su naturaleza se orientará a falsos bienes. La Sagrada Escritura nos da abundantes instrucciones sobre los hombres pecadores.

Este dinamismo de la caridad dispuesto en nosotros no es más que el soplo del Espíritu Santo, cuando este dinamismo está bien orientado hacia el verdadero fin. Entonces todas las facultades corporales y espirituales se desarrollan bajo la influencia divina de la ley y de la gracia. Las diversas facultades adquieren “*habitus*” que llamamos **virtudes**. Los hombres se hacen virtuosos, a semejanza de Nuestro Señor y de la Virgen María. Los hombres se santifican e impregnan todos sus pensamientos y acciones con el espíritu de fe y de caridad.

Así aparece el objetivo fundamental de la moral humana: ¿cómo hacer un buen uso de la libertad en los actos humanos, es decir, en los actos conscientes, responsables, libres y meritorios?

El estudio de la moral puede considerarse tanto según la conformidad con la ley como según el desarrollo de la gracia en las virtudes, los dones del Espíritu Santo, las bienaventuranzas, los frutos del Espíritu Santo.

Los catecismos, en general, consideran más bien la conformidad con la ley, estudiando uno por uno los mandamientos de Dios y de la Iglesia, y de paso hablan de la caridad y de las virtudes, pero sólo ocasionalmente. Muchos libros de teología moral hacen lo mismo.

Santo Tomás prefirió estudiar las virtudes de manera más profunda, uniendo los mandamientos con las virtudes. Las razones de esta elección las explica el Padre Bernard en su comentario del comienzo de la II^a II^{te}. Los motivos son muy sugestivos. En efecto, la adquisición de las virtudes se presenta al alma como un ideal magnífico y enriquecedor que hay que perseguir, obra de santificación con la ayuda del Espíritu Santo para llegar al fin que hay que alcanzar: el cumplimiento, en la obediencia a la voluntad de Dios, de la obra de caridad hacia Dios y hacia el prójimo que nos ha sido asignada, y merecer así la vida eterna.

Esta manera de estudiar la vida moral y espiritual suscita por sí misma el combate espiritual contra el pecado, contra todas las influencias maléficas del mundo y del demonio, y nos sitúa en ese estado de vigilancia tan recomendado por Nuestro Señor: “*Orate et vigilate...*” (Mt. 26 41); “*Velad, pues, porque no sabéis ni el día ni la hora*” (Mt. 25 13).

En la dirección espiritual es más alentador invitar a la adquisición de las virtudes, y evitar por esto mismo el vicio, que defender la aplicación de la ley, aunque esta sea, sin embargo, absolutamente necesaria para orientar bien el ejercicio de nuestra libertad.

[*Querer definir la libertad y su ámbito haciendo abstracción de nuestro fin y de las leyes establecidas por Dios y por las autoridades legítimas para alcanzarlo, es una impostura, y el establecimiento del principio revolucionario en la conciencia humana. Es el principio del liberalismo, del racionalismo, que convierte la libertad y la razón en valores absolutos y no esencialmente relativos al plan divino de la Providencia*].

“*Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados*” (Mt. 5 6), es decir, los que tienen hambre y sed de santidad. La santidad se realiza por el ejercicio de todas las virtudes.

Ante todo por el ejercicio de las virtudes teologales, que no tienen límites. Creer en Dios, amar a Dios, esperar en Dios, puede crecer indefinidamente, sin medida. La medida del amor de Dios es amarlo sin medida, es el objeto del primer Mandamiento.

Las virtudes morales naturales y aun sobrenaturales son susceptibles de medida, y por esta razón la virtud de prudencia interviene con el don de consejo para estimar el justo empleo de estas virtudes de justicia, de fortaleza y de templanza en el cumplimiento de la Voluntad de Dios: “*Non plus sapere quam oportet sapere: No sentir de sí más altamente de lo que conviene sentir*” (Rom. 12 3).

Las virtudes sobrenaturales pueden llevar a actos heroicos, como el martirio, que es el acto por excelencia de la virtud de fortaleza.

La virtud de religión, virtud anexa de la virtud de justicia, parecería no tener una medida. Sin embargo, esta virtud regula los actos exteriores del culto, en los cuales puede haber excesos. Es evidente que la virtud interior de devoción se une a la caridad y no tiene medida, pero si incitara a una multiplicación exagerada de los actos exteriores de devoción o a manifestaciones exteriores de devoción desordenadas, sería objeto de una medida.

Podrá uno referirse a Santo Tomás o a otros autores aprobados para el estudio detallado de cada virtud, de cada don del Espíritu Santo y de los vicios correspondientes ⁶. Esto sería muy útil en particular para corregirnos de las faltas que nos son habituales. El estudio de las virtudes es una fuente preciosa de santificación.

Pero nada será más eficaz en este campo que la contemplación de Jesús, y de Jesús crucificado. Por eso deseamos encontrarnos junto a El, aprender de El el horror del pecado, y recibir de su Corazón traspasado la efusión del Espíritu de Amor, la resurrección de nuestras almas y los medios para seguir siendo cristianos, partícipes de su Vida divina: “*Divinae consortes naturæ*” (II Ped. 1 4).

LA PRÁCTICA DE LA VIRTUD DE RELIGIÓN, LAZO ESENCIAL ENTRE LA VIDA SANTA Y LA VIDA DE ORACIÓN

“*Sanctus, Sanctus, Sanctus, Dominus Deus Sabaoth*”.

Si Dios es la santidad misma, si cantamos de Nuestro Señor que El es el único Santo, “*Tu solus Sanctus*”, es porque de Dios viene la fuente de toda santidad, y por eso seremos santos en la medida en que nos unamos a Dios y a Nuestro Señor.

Ahora bien, ¿cómo realizar concretamente esta unión con Dios? Bajo la influencia de la gracia del Espíritu Santo. Esta unión tiene un nombre: la oración, “*oratio*”.

Profundizando tanto la naturaleza de la oración como su extensión en nuestra existencia humana y cristiana, tendremos la convicción de que la vida profunda del espíritu creado y redimido debe ser una vida de oración continua.

Todo espíritu angélico o humano está ordenado a Dios por su naturaleza espiritual, por su inteligencia y su voluntad, y gratuitamente ordenado por la gracia a entrar en la participación de la bienaventuranza eterna de la Santísima Trinidad.

Por eso, todo espíritu es religioso ante todo, y su vida religiosa se manifiesta por la oración, vocal, mental, espiritual.

La oración vocal, que comprende toda la oración litúrgica, instituida por Dios mismo, y por Dios encarnado, y elaborada por el Espíritu Santo especialmente en la liturgia romana, es la fuente y la expresión más sublime de la oración mental y de la oración espiritual.

El lugar de esta oración en la vida del sacerdote es considerable. Descuidarla, limitarla o hacerla superficial, es arruinar la oración esencial, la oración espiritual, a la que el Espíritu Santo ordena la oración vocal.

Sobre esto es muy útil leer qué piensan los autores espirituales, como San Luis María Grignon de Montfort en su “*Oración abrasada*”, o el Padre Emmanuel en su “*Tratado del ministerio eclesiástico*” ⁷, o Dom Marmion en “*Cristo ideal del monje*” ⁸, o Dom Chautard en “*El alma de todo apostolado*” ⁹.

Todos los santos han practicado la vida de oración, que es a la vez un efecto y una causa de la santidad. Muchos han escrito sobre este tema, particularmente Santa Teresa de Jesús y San Francisco de Sales.

Y es que tenían un concepto muy profundo de esta vida de oración, que afecta tanto a la voluntad como al corazón, y realiza así el fin para el que Dios nos ha creado y redimido: adorar a Dios en una ofrenda total de nosotros mismos, a ejemplo de Nuestro Señor, que viene a este mundo y dice a su Padre: “*Ecce venio ut faciam voluntatem tuam: He aquí que vengo para hacer tu voluntad*”.

La concepción de la oración que se limitase a la oración vocal o mental, sería una desastrosa concepción de la oración, que debe concernir a todo nuestro ser, como la oración de los ángeles y de los elegidos del Cielo. No

⁶ Cf. P. de Smedt, “*De la vida y de las virtudes cristianas*”.

⁷ Libro I, cap. 5; Libro II, cap. 3; Libro III, cap. 7; Libro IV, cap. 7.

⁸ Capítulo 13: *La oración monástica*. Este capítulo es notable, y santificaría a todos los sacerdotes si vivieran sus consejos.

⁹ 5ª parte, § 2: *La oración, elemento indispensable de la vida interior*.

se pueden separar las peticiones del “*Pater*”. Las tres primeras peticiones se encuentran vinculadas indisolublemente. No se puede separar el primer Mandamiento de Dios de los demás mandamientos.

“*Ignem veni mittere in terram, et quid volo nisi ut accendatur?*: He venido a poner fuego sobre la tierra, y ¿que quiero, sino que arda?” (Lc. 12 49). El fuego es el Espíritu Santo, el Espíritu de caridad que llena a la Santísima Trinidad, y que ha creado a los espíritus para abrasarlos con esta caridad.

Este abrasarse es la oración de toda el alma, que adora a su Creador y Redentor y se entrega a su santa voluntad, a imitación de Jesús crucificado, que ofreció toda su vida en un impulso de caridad hacia su Padre y para salvar a las almas.

De ahí el “*opportet semper orare*”; si esta oración cesara, significaría que el Espíritu Santo nos ha abandonado.

¡Ojalá que vivamos esta oración ardiente de la voluntad y del corazón de manera constante, aun en la actividad absorbente del apostolado, que jamás debe absorbernos hasta el punto de impedir a nuestra voluntad y a nuestro corazón ser de Dios! ¡Ojalá que nuestro apostolado sea un alimento de esta ofrenda a Dios!

Esta actitud profunda de nuestra alma, tan conforme a su naturaleza y a la gracia, pondrá en ella un deseo de silencio y de contemplación que podrá realizarse en los ejercicios comunes y privados de piedad. Ahí nuestra vida espiritual encontrará su unidad, su perennidad, su paz verdaderamente cristiana.

Estas breves consideraciones abren horizontes sobre la realización de la voluntad divina en nuestra vida cotidiana; es la introducción en este programa de nuestra santificación, que será la trama de nuestra vida sacerdotal.

“*Elegit nos in Ipso ante constitutionem mundi ut essemus sancti*: Nos eligió en El antes de la constitución del mundo para que seamos santos” (Ef. 1 4).

El joven seminarista, al ingresar en el seminario, debe esforzarse por entrar con toda su alma en esta vida de oración, de meditación, que lo entrega sin reservas a Nuestro Señor y a la Santísima Trinidad:

- Poniendo su inteligencia en dependencia de la Revelación que ilumina para nosotros el “*Mysterium Christi*”, por la virtud y la obediencia de la fe: “*Redigere intellectum in obsequium Christi*: Someter toda inteligencia bajo la obediencia de Cristo” (II Cor. 10 5).

- Poniendo su voluntad y toda su alma bajo la influencia de la caridad del Espíritu Santo, a imitación de Jesucristo, en la obediencia a la ley de la caridad expresada por el Decálogo y especialmente por su primer Mandamiento, al igual que por el Sermón de la Montaña de Nuestro Señor (Mt. 5-7).

Así toda su alma estará animada por la virtud de religión, virtud natural y sobrenatural, en unión con el sacrificio de Nuestro Señor, renovado y continuado en los altares.

Así se encontrará en las mejores disposiciones para escalar las etapas de la santificación, fin querido por Dios Creador y Redentor, y expresado en las tres primeras súplicas del Padrenuestro.

Capítulo 6

Jesucristo, por quien se realiza la vuelta del hombre a Dios

El misterio de Jesucristo es tan profundo, tan extraordinario, que parecería más natural adorarlo en silencio que hablar de él, pues podemos temer con razón que nuestras palabras, al igual que nuestros pensamientos, sean muy deficientes para expresar todas las riquezas encerradas en este santuario inefable que es Jesucristo.

San Pablo piensa lo mismo: “*Orantes simul et pro nobis ut Deus aperiat nobis ostium sermonis ad loquendum mysterium Christi... ut manifestem illud ita ut oportet me loqui*” (Col. 4 34)¹⁰.

Las descripciones que San Pablo hace de Nuestro Señor son maravillosas, y nos incitan a hacer de Jesucristo nuestra vida —“*mihi vivere Christus est*”— y a ser cada día más cristianos:

“*Qui est imago Dei invisibilis, primogenitus omnis creaturae, quoniam in ipso condita sunt universa in caelis et in terra, visibilia et invisibilia, sive Throni, sive Dominationes, sive Principatus, sive Potestates. Omnia per Ipsum et in Ipso creata sunt. Ipse est ante omnes, et omnia in Ipso constant*” (Col 1 15-17)¹¹.

Esta presencia de Dios encarnado en la historia de la humanidad no puede ser sino el centro de esta historia, como su sol, hacia quien todo camina y de quien todo procede. Y si se piensa y cree que este misterio de la Encarnación está ordenado al misterio de la Redención, no hay ni que decir que sin Jesucristo no hay salvación posible. Todo acto, todo pensamiento que no sean cristianos carecen de valor salvífico, de mérito para la salvación.

Para tratar de situar este misterio, reproducimos la hermosa página del Padre Pègues en su catecismo de Santo Tomás de Aquino, al abordar la Tertia Pars de la Suma Teológica, que nos pone en contacto con el misterio de Jesucristo o Camino de vuelta del hombre a Dios:

“¿Qué se entiende por el misterio de Jesucristo o del Verbo hecho carne? — Se entiende el hecho, absolutamente incomprendible para nosotros en esta vida, de que la segunda Persona de la Santísima Trinidad, el Verbo o el Hijo único de Dios, que siendo desde toda la eternidad, con su Padre y el Espíritu Santo, el mismo y único verdadero Dios, por quien todas las cosas han sido creadas y a las que gobierna como soberano Maestro, vino en el tiempo a nuestra tierra por su Encarnación en el seno de la Virgen María, de la cual nació, vivió nuestra vida mortal, evangelizó al pueblo judío de Palestina, al cual había sido personalmente enviado por su Padre, fue desconocido por este pueblo, traicionado y entregado al gobernador romano Poncio Pilato, condenado y muerto en una cruz, fue sepultado, descendió a los infiernos, resucitó de entre los muertos al tercer día, subió a los cielos cuarenta días después, está sentado a la diestra de Dios Padre, desde donde gobierna a su Iglesia, establecida por El sobre la tierra, a la cual El envió su Espíritu, que es también el Espíritu del Padre, santificando esta Iglesia por los sacramentos de su gracia y preparándola así para su segunda venida al fin de los tiempos, cuando El juzgará a los vivos y a los muertos, habiendo hecho salir a estos de sus sepulcros para establecer la separación definitiva de los buenos, a los que llevará consigo al Reino de su Padre, donde les asegurará la vida eterna, de los malos, a los que arrojará maldiciéndolos y condenándolos al suplicio del fuego eterno”.

Esta breve ojeada dogmática e histórica del misterio de la Encarnación de Nuestro Señor Jesucristo nos ilustra ya algo sobre los dones y privilegios del Dios encarnado, y sobre las consecuencias que de esta Encarnación se derivan para toda la humanidad, para todos los hombres considerados individualmente, ya que la venida de Dios entre ellos les concierne profundamente, y su suerte en la eternidad dependerá en adelante de su relación con Jesucristo, sean conscientes de ello o no, lo quieran o no.

Nunca meditaremos bastante sobre las riquezas del tesoro que es Nuestro Señor Jesucristo: “*Si scires Donum Dei: Si conocieras el don de Dios*”, dice Jesús a la Samaritana. “*En medio de vosotros está, dice Juan Bautista, quien vosotros no conocéis..., a quien no soy digno de desatar la correa de su calzado*” (Jn. 1 26-27). Dios Padre y Dios Espíritu Santo se manifiestan para descubrimos el misterio de Jesús: “*Y al salir del agua, vio rasgarse los cielos y al Espíritu Santo descender sobre El en forma de paloma. Y una voz vino de los cielos: Tú eres mi Hijo muy amado, en quien he puesto todas mis complacencias*” (Mc. 1 10-11). “*He visto al Espíritu Santo que descendía del Cielo como paloma, y se posó sobre El. Y yo no lo conocía, mas el que me envió a bautizar en*

¹⁰ “Rogando al mismo tiempo también por nosotros, a fin de que Dios nos abra la puerta de la palabra para anunciar el misterio de Cristo..., para que lo dé a conocer como es razón que yo hable”.

¹¹ “El cual es imagen del Dios invisible, Primogénito de toda la creación, como que en El fueron creadas todas las cosas en los cielos y sobre la tierra, tanto las visibles como las invisibles, ya sean Tronos, ya las Dominaciones, ya los Principados, ya las Potestades; todas las cosas han sido creadas por medio de El y para El. Y El es antes que todas las cosas, y todas tienen en El su consistencia”.

agua me dijo: Aquel sobre quien vieres descender el Espíritu y posarse sobre El, este es el que bautiza en el Espíritu Santo. Y yo lo he visto, y he dado testimonio que este es el Hijo de Dios” (Jn. 1 32-34).

Todo confirmará luego el juicio de San Juan Bautista, al igual que, desde la anunciación del Angel a María, lo habían manifestado todos los acontecimientos que se referían a El.

Jesús es realmente el Emmanuel, Dios con nosotros.

Si este hombre es Dios, ¡qué abundancia de dones debe llenar su alma y su cuerpo! Esta toma de posesión de esta alma y de este cuerpo por Dios mismo, confiere a este hombre atributos, derechos, dones y privilegios únicos, que superan todo lo que se puede imaginar.

Tratemos de acercarnos a este santuario divino para estimarlo mejor y adorarlo más perfecta y profundamente, y consagramos con entusiasmo y sin límites a su servicio. ¿Cómo no sentirnos llamados como los apóstoles, que lo dejaron todo inmediatamente para seguirlo?

Tres gracias particulares adornan el alma y el cuerpo de Jesús desde su concepción en el seno de la Virgen María, y desde la infusión del alma en el cuerpo que le fue preparado.

La primera gracia, que es también la fuente de las otras dos, es única en toda la Creación. Por su decisión eterna de unir a su persona un alma y un cuerpo, Dios Verbo comunicaba a estas creaturas de manera inefable y misteriosa su misma divinidad, en la misma medida en que estas creaturas, por Voluntad divina, eran capaces de recibirla. Es la gracia que llamamos de unión hipostática, que confiere a esta alma y a este cuerpo una dignidad divina. Todos los actos de esta alma y de este cuerpo serán divinos, atribuidos a Dios, que asume la responsabilidad de toda la actividad de esta alma y de este cuerpo.

Esta gracia de unión confiere por naturaleza, y necesariamente, a la persona que vive en esta naturaleza humana, títulos únicos: Mediador, Salvador, Sacerdote y Rey. Toda mediación, todo sacerdocio, toda realeza entre las creaturas no podrán ser más que participaciones de estas propiedades, que son las joyas naturales y propias de Nuestro Señor Jesucristo.

¿Cómo no darnos cuenta entonces de la sublimidad de nuestro sacerdocio, que es una participación de esta gracia de unión, propia de Nuestro Señor? En efecto, Nuestro Señor ejercerá su mediación, su misión de Salvador, por su sacerdocio; y el acto esencial de su sacerdocio será su sacrificio del Calvario, por el cual se nos merecen todas las gracias de salvación. La Cruz aparece ya, por esta gracia de unión, como signo de la inmoción de su divino cuerpo y de la oblación de su santa alma a su Padre, en una oración soberanamente eficaz.

Esto será lo esencial de su herencia legada a la Iglesia: su sacrificio eucarístico y propiciatorio, continuado en los altares por elegidos que participen de su único sacerdocio.

¡Ojalá que los seminaristas, los sacerdotes y los obispos encuentren la inteligencia de su sacerdocio en estas verdades fundamentales sobre la gracia de unión en Nuestro Señor, y estimen en su justo valor la sublimidad de la herencia que les ha sido legada, que ha de ser la fuente de su santificación y la fuente de su apostolado: el acto del sacrificio! Siendo este el acto constitutivo del sacramento de la Eucaristía, la vida de Cristo Sacerdote y Víctima, que debe ser su vida interior, es también la de su ministerio: dar Jesús a las almas.

[Esta unión indisoluble del sacrificio y del sacramento, que el Verbo encarnado quiso en su Sabiduría, es precisamente lo que rechazan los protestantes, y lo que los innovadores del Vaticano II han hecho desaparecer prácticamente por ecumenismo].

La gracia de unión confiere al alma y al cuerpo de Nuestro Señor una gracia santificante igualmente única en el mundo. Será tan abundante que se convertirá en la fuente de todas las gracias santificantes, que no son más que la comunicación del Espíritu Santo, del Espíritu de caridad de Nuestro Señor, “*de Quo omnes nos accepimus: de quien todos nosotros recibimos*” (Jn. 1 16).

Esta gracia santificante produce en el alma y en el cuerpo de Nuestro Señor efectos maravillosos. Esta alma, desde el primer instante de su existencia, recibió la visión beatífica, de que Nuestro Señor disfrutó durante toda su existencia, incluso en la Cruz. ¡Gran misterio, ciertamente, el de esta alma inundada de la felicidad más perfecta, al mismo tiempo que abrumada por el dolor y la tristeza!

Este es el motivo por el que Nuestro Señor sólo podía tener la virtud teologal de la caridad, ya que tenía en su alma la visión beatífica, y con la visión beatífica desaparecen la fe y la esperanza.

Es difícil apreciar en su justo valor la profundidad y la riqueza de la caridad del alma de Jesús. Es evidente que esta gracia creada, aunque de una perfección inefable, no puede compararse con la fuente infinita de caridad de la que provenía, que no es otra que la Vida divina de Jesús en el seno de la Trinidad.

Esta gracia santificante, única en su riqueza, colmó el alma de Jesús con las virtudes, los dones, las bienaventuranzas y los frutos del Espíritu Santo.

A esta gracia “*gratum faciens*”, fuente de la santidad del alma y del cuerpo de Jesús, se agregaban además todas las gracias “*gratis datae*”, de las que fue dotado Jesús para desempeñar su papel único de Salvador, de Santificador, de Glorificador: gracias de curaciones, de milagros, de prodigios, de diversidad de lenguas, de interpretación de discursos, y sobre todo de profecía, ya que Jesús, por su naturaleza divina y humana, era el Profe-

ta. Después de Jesús ya no habrá profetas, sino apóstoles, que serán los instrumentos del Profeta y constituirán, por la Tradición y la Escritura, el depósito de la fe, que quedará cerrado a la muerte del último de los apóstoles. Los sucesores de los apóstoles tendrán que limitarse a transmitir fiel y exactamente las verdades contenidas en ese depósito.

Al período profético sucederá el período dogmático, durante el cual los Papas y los obispos tendrán la misión de conservar y transmitir el depósito sin alteración, “*in eodem sensu et eadem sententia*”, hasta el fin de los tiempos.

Así, pues, es capital tener una justa noción de Jesús Profeta.

El cuerpo de Jesús poseía también dones maravillosos de milagro: hubiera tenido que ser glorioso, como fruto de la visión beatífica. Por un milagro más Jesús no manifestó la gloria de su Cuerpo, salvo el día de su Transfiguración y de su Resurrección. Todo el Evangelio manifiesta el poder del cuerpo de Jesús. Incluso durante su sepultura el cuerpo de Jesús incorruptible permaneció unido al Verbo, que le devolvió su alma y lo resucitó.

La gracia santificante de Jesús es fuente tan abundante y única de salvación, que con razón lleva un nombre que es propio de Nuestro Señor: “*Gratia Capitis*”, la gracia de la cabeza, significando así que todo se refiere y todo vuelve, en última instancia, a Jesucristo solo o al Hijo de Dios encarnado, en la acción salvífica o en la acción que se refiere al bien sobrenatural.

“*Non est in alio aliquo salus*”: no hay salvación fuera de Nuestro Señor. Y por eso, sobre este principio de la gracia capital de Nuestro Señor se funda la acción de todos los que trabajan por la salvación de las almas. Todo lo que se haga sin ninguna relación, directa o indirecta, con Nuestro Señor, es inútil y no sirve para nada en orden a la salvación.

Esto ha de ser también un principio director de nuestra pastoral, esforzándonos por sobrenaturalizarlo todo, por la oración, por la caridad, evitando hacer entrar en nuestras actividades demasiados participantes que manifiesten su oposición a todo gesto religioso y cristiano. Otra cosa distinta es aceptar a los que tienen buenas disposiciones, pero son ignorantes, y pueden convertirse a Nuestro Señor. Como todo el plan de Dios está ordenado a la salvación de las almas por Jesucristo, y por El solo, alentaremos en todos los ámbitos, social, político, económico, familiar, a quienes se esfuerzan por unir su acción a la Ley de Nuestro Señor, tanto natural como sobrenatural. Pues Nuestro Señor lo domina todo: su Ley debe ser la de todas las naciones y de todos los hombres sin excepción.

En el tiempo como en la eternidad, el reino de Satanás se opone al reino de Nuestro Señor. Satanás no es la cabeza de los malvados, en el sentido de que pueda comunicar interiormente el mal, así como Jesucristo comunica el bien, pero sí lo es en el sentido de que, en el orden del gobierno exterior, tiende a apartar a los hombres de Dios, así como Jesucristo tiende a ordenarlos a El, y de que todos los que pecan imitan la rebelión de Satanás y su orgullo, así como los buenos imitan la sumisión y la obediencia de Jesucristo (III^a, 8, 7).

No se tendrá jamás la última palabra de la lucha de los buenos y de los malvados a través de los acontecimientos de la historia, mientras no se la refiera a la lucha personal e irreductible, por siempre jamás, entre Satanás y Jesucristo.

¿Qué deber se impone a todo hombre en presencia de esta lucha fundamental e irreductible entre los dos jefes opuestos de la humanidad? El de no pactar jamás, sea en lo que sea, con lo que proviene de Satanás y de sus satélites, y ponerse bajo el estandarte de Jesucristo, para permanecer siempre en él, y en él combatir valientemente¹².

Puesto que los beneficios de la gracia santificante nos llegan por las manos de los sacerdotes y de la Iglesia católica, tengamos cuidado de no olvidar que toda gracia y todo aumento de gracia nos viene de la fuente inagotable de gracia de Jesús, y no puede venir sino de El, nuestro único Salvador.

Esta realidad de la Vida divina de Jesús que vive en nuestras almas y nuestros cuerpos debe ser para nosotros un motivo de acciones de gracias incesantes y también una fuente de vigilancia activa para no dejar que nuestras lámparas se vacíen, como las vírgenes necias.

¡Meditemos y contemplemos el Corazón traspasado de Jesús, del que brotan las fuentes de la vida eterna!

La ornamentación de este santuario que es Jesús no se limita a estas tres gracias de que hemos hablado, sino que la unión de la persona del Verbo con el alma humana de Jesús le confiere el privilegio único de la visión beatífica desde el instante de su creación.

Cierto es que Jesús Dios no tiene ninguna necesidad de esta ciencia, ya que su ciencia divina supera infinitamente la ciencia de la visión beatífica; pero, sin embargo, el Creador de todas las cosas, habiendo querido asumir personalmente un alma y un cuerpo humano, asumía sus facultades de saber y de conocer, y las llevaba a la mayor perfección posible.

¹² Padre Pègues, pág. 383.

Así, el alma de Jesús poseyó la visión beatífica, la ciencia infusa de los ángeles y la ciencia experimental de los hombres, y eso en el grado más perfecto que pueda concederse a la creatura angélica y a la creatura humana.

“Así, desde su primer instante, el Hijo de Dios encarnado pudo verlo absolutamente todo por su naturaleza humana, en el Verbo Divino que era El mismo; de manera que no hay nada que exista en el presente, o haya existido en el pasado, o deba existir en el futuro, ya sean acciones, palabras o pensamientos, ya se refieran a cualquier materia o a cualquier tiempo, que el Hijo de Dios encarnado no haya conocido desde el primer instante de su Encarnación, por la naturaleza humana que se había unido hipostáticamente, en el Verbo divino que era El mismo” (cf. III^a, 10, 2 ad 4).

Estas realidades divinas realizadas en Jesucristo ilustran las relaciones íntimas y personales de Jesús con todos los espíritus creados en el Cielo y sobre la tierra. Incluso en su alma humana Jesús nos conoce a todos y en todos los detalles de nuestras vidas; nada se le escapa, ni como Creador, ni como Salvador. Y este conocimiento engendra un amor sin límites por las almas que se orientan hacia El, que se dan a El, que cumplen su voluntad. Su alma desea ardientemente comunicarles su gloria. Por eso Jesús será el juez de todas las almas.

Seamos conscientes de estas realidades, de esta necesidad absoluta de ofrecernos a Jesús, como lo dicen las oraciones del Ofertorio de la Misa, y de vivir esta ofrenda sin cesar. Formemos parte de este *“quotquot autem receperunt eum”*, a fin de convertirnos en sus hijos: *“dedit eis potestatem filios Dei fieri”*¹³. Estas pocas palabras pesan mucho en la historia de las almas. Son eficientes eternamente y separarán a los justos de los injustos.

Jesús no es optativo. *“Qui non est mecum, contra me est”*. Este es el error fundamental de la libertad religiosa, del ecumenismo.

Las consecuencias de la unión del Verbo de Dios, de Dios mismo, con un alma y cuerpo humanos, además de lo que acabamos de decir en estas últimas páginas, son tales, que hacen realmente de esta creatura humana un sujeto único en su género, más divino que humano, más espiritual que corporal, como lo prueba toda la vida de Nuestro Señor. Vive más en el Cielo que en la tierra, porque El es el Cielo. Su persona tiene todo poder sobre su alma y su cuerpo, hasta separarlos y reunirlos como El quiera y cuando El quiera.

Su gloria, su poder, su santidad, su sabiduría, la permanencia de su misión eterna que viene del Padre, en el cumplimiento exacto de su misión temporal de salvación, todo esto se transparenta en su vida, en sus acciones, en sus palabras.

Es lo que Santo Tomás revela con detalle al estudiar todas las etapas de la vida de Jesús y de sus misterios hasta su Ascensión.

Esta meditación de la vida de Jesús en todos sus detalles nos sitúa poco a poco en el ambiente de la realidad, y nos saca del ambiente habitual de la ilusión en que vivimos sin darnos cuenta. El pecado, y las consecuencias del pecado, lograron crear un mundo de espejismos, de ilusiones, de errores, hasta el punto de que los hombres acaban por acostumbrarse a este mundo sensibilizado, sensualizado, humanizado, y no consiguen hacerse la idea de que todo esto es vano y efímero con relación a la verdadera vida espiritual y sobrenatural, a la vida eterna.

La santa y admirable vida de Jesús nos recuerda constantemente las realidades espirituales y divinas, únicas valederas y estimables, únicas eternas. Todo en Jesús es vuelta a Dios, a lo verdadero, a lo real, a la sabiduría y a la santidad.

¡Ojalá que podamos convencernos cada día más de esta necesidad de seguir a Jesús, como El lo pide a sus discípulos. *“Si quis sequitur me non ambulat in tenebris: Quien me sigue no anda en tinieblas”*; *“Si alguno quiere ser mi discípulo, tome su cruz y sígame”*. No hay, pues, otra elección posible: o seguir a Jesús o reunirse con Satanás.

No debe sorprendernos que Jesús sufra al ver a los hombres preferir las tinieblas a la Luz ¡Y qué Luz! ¡La que ha creado el mundo y lo sostiene en la existencia, la que ilumina a todo hombre que viene a este mundo, la que le aporta la Luz de la salvación y de la gloria eterna!... Pero ellos prefieren las tinieblas del mundo, de este mundo que se opone a Nuestro Señor, de este mundo de la carne, del dinero, del egoísmo, del orgullo, antesala del infierno.

Antes de dejar la persona de Jesucristo, para dedicarnos a comprender su obra redentora de salvación y meditar sobre los medios que Jesús instituyó para comunicarnos de nuevo la gracia de la salvación, esforcémonos por grabar de manera indeleble en nuestros espíritus la imagen real y viva de Jesús, que debe iluminar y orientar toda nuestra vida.

He aquí esta idea aproximada, según el Padre Pègues en su catecismo:

“¡Sí! Cuando se dice Jesucristo, se designa al Hijo único de Dios, que siendo desde toda la eternidad con su Padre y el Espíritu Santo el mismo, solo y único verdadero Dios, por quien todas las cosas han sido creadas y las conserva y las gobierna como soberano Señor, se revistió en el tiempo de nuestra naturaleza humana, por la cual es verdaderamente hombre como nosotros, y sigue siendo con el Padre y el Espíritu Santo el mismo Dios

¹³ “A todos cuantos lo recibieron, dióles el poder de convertirse en hijos de Dios” (Jn. 1 12).

que es desde toda la eternidad; y eso implica en su naturaleza humana, y le asegura en cuanto hombre como nosotros, privilegios de gracia en cierto modo infinitos, entre los cuales brilla primeramente su cualidad de Salvador de los hombres, y lo constituyen, en cuanto hombre, Mediador único de Dios y de los hombres, sumo Sacerdote, Rey supremo, Profeta sin igual y Cabeza de toda la asamblea de los elegidos, ángeles y hombres, que forman su verdadero Cuerpo místico”.

Capítulo 7

Los sacramentos de Jesucristo

El Verbo de Dios se encarnó en razón del pecado del hombre, para repararlo y hacer así renacer la Vida divina en las almas, a fin de que puedan ser de nuevo agradables a Dios, glorificarlo en este mundo y por toda la eternidad.

Para eso Jesús, en su Amor misericordioso, ha querido asumir de un cierto modo los pecados de la humanidad y ofrecerse como sacrificio de redención y de propiciación a su Padre, para restaurar la vida del Espíritu Santo, la vida de la caridad en las almas, por una participación a su propia vida, convertida en la única fuente de vida y de salvación para los hombres.

El sacrificio del Calvario aparece entonces como la Luz que brilla en las tinieblas, como la única fuente de vida en medio del desierto.

¿De qué manera nos comunicará Dios esta vida nueva? **Perpetuando el Calvario.** Nunca habrá más que un sacrificio de la Cruz, una sola Hostia, un solo Sacerdote, que es Jesús mismo.

No se insistirá jamás lo suficiente sobre esta maravillosa invención de la misericordia divina, que ilustrará toda la Providencia de Dios en la realización de la Iglesia, del Sacerdocio y de todos los Sacramentos, de los que la Eucaristía, fruto del sacrificio y fuente de nuestra santificación, será el centro y en cierto modo la razón de ser.

*“De todos los Sacramentos, ¿cuál es el más grande y en cierto sentido el más importante, hacia el que todos se ordenan y en el que todos terminan? — El Sacramento de la Eucaristía. En efecto, en él se contiene sustancialmente a Jesucristo mismo, mientras que en todos los demás sólo se contiene una virtud derivada de Él. Igualmente, todos los demás parecen ordenarse, ya sea a realizar este sacramento, como el orden, ya sea a hacer capaz o digno de recibirlo, como el bautismo, la confirmación, la penitencia y la extremaunción, ya sea, por lo menos, a significarlo, como el matrimonio”*¹⁴.

Así, pues, ¡ojalá que demos al Misterio de la Cruz todo su valor, todo su lugar en la economía divina de la Redención y en su aplicación a las almas a lo largo de la historia de la Iglesia!

Hay que reconocer que no siempre se da su lugar, incluso en la enseñanza de la Iglesia, en los catecismos, al sacrificio de la Cruz que se perpetúa en nuestros altares; se tiene más bien la tendencia de dejar todo el lugar a la Eucaristía, y a no hacer nada más que una alusión accidental al Sacrificio. Esto representa un gran peligro para la fe de los fieles, sobre todo frente a los ataques virulentos de los protestantes contra el Sacrificio. El demonio no se engaña cuando se encarniza en hacer desaparecer el Sacrificio, pues sabe que ataca la obra de Nuestro Señor en su centro vital, y que toda forma de subestimar este sacrificio provoca la ruina de todo el catolicismo, en todos los ámbitos.

La acción que lleva a cabo desde Vaticano II es reveladora, y obliga a quienes quieren seguir siendo católicos a defender valientemente el sacrificio de la Misa y el sacerdocio, tales como Nuestro Señor los instituyó.

Tanto para la vida espiritual de los sacerdotes como para la de los fieles, es esencial ilustrar nuestra fe y nuestra inteligencia sobre el acto, querido por la Sabiduría divina, que ha hecho revivir espiritual y sobrenaturalmente a la humanidad.

Este acto, que es la razón de ser de la Encarnación, la realización de la Redención, el que glorifica a Dios infinitamente y vuelve a abrir las puertas del cielo a la humanidad pecadora, es el Sacrificio del Calvario.

Llama mucho la atención la insistencia de Nuestro Señor, a lo largo de toda su vida terrestre, sobre su “hora”. “*Desiderio desideravi*”, dice Nuestro Señor: Con gran deseo he deseado esta hora de mi inmolación. Jesús está siempre orientado hacia su Cruz.

El “*Mysterium Christi*” es ante todo el “*Mysterium Crucis*”. Esa es la razón por la que en los designios de la infinita Sabiduría de Dios, para la realización de la Redención, de la Recreación, de la Renovación de la humanidad, la Cruz de Jesús es la solución perfecta, total, definitiva, eterna, por la que todo se resolverá. El juicio de Dios se emitirá en función de esta relación de cada alma con Jesús crucificado. Si el alma está en una relación viva con Jesús crucificado, entonces se prepara para la vida eterna y participa ya de la gloria de Jesús por la presencia del Espíritu Santo en ella. Es la vida misma del Cuerpo místico de Jesús.

“Si alguno no permanece en Mí, es arrojado fuera como el sarmiento, y se seca, y lo recogen y echan al fuego, y arde” (Jn. 15 6).

¹⁴ Padre Pègues, pág. 429, III^a, 65, 3.

Para nuestra justificación, para nuestra santificación, Jesús lo organiza todo alrededor de esta fuente de vida que es su sacrificio del Calvario. Funda la Iglesia, transmite el sacerdocio, instituye los sacramentos para comunicar a las almas los méritos infinitos del Calvario. San Pablo no duda en decir: *“Resolví no saber cosa entre vosotros, sino a Jesucristo, y Jesucristo crucificado”* (I Cor. 2 2).

Ahora bien, este sacrificio del Calvario se convierte en nuestros altares en el Sacrificio de la Misa, que al mismo tiempo que realiza el sacrificio de la Cruz, realiza también el Sacramento de la Eucaristía, que nos hace partícipes de la divina Víctima, Jesús crucificado.

Por eso, alrededor del Sacrificio de la Misa se organiza la Iglesia, Cuerpo místico de Nuestro Señor, y vive el Sacerdocio para edificar este Cuerpo Místico, por la predicación que atraerá las almas a purificarse en las aguas del bautismo, para hacerse dignas de participar al Sacrificio Eucarístico de Jesús, a la manducación de la divina Víctima, y a unirse así cada vez más con la Santísima Trinidad, inaugurando ya en esta tierra la vida celestial y eterna.

También desde la Cruz la gracia del matrimonio, recibida en el Sacrificio de la Misa, construye la Cristiandad y el Reino social de Jesús crucificado, en la familia y en la sociedad. La Cristiandad es la sociedad que vive a la sombra de la Cruz, de la iglesia parroquial construida en forma de cruz, coronada por la Cruz, abrigando en su interior el altar del Calvario renovado cada día, donde las almas nacen a la gracia y la cultivan y alimentan, por el ministerio de los sacerdotes, que son otros Cristos.

La Cristiandad es la aldea, son los pueblos, las ciudades, los países que, a imitación de Cristo en Cruz, cumplen la ley de amor, bajo la influencia de la vida cristiana de la gracia. La Cristiandad es el Reino de Jesucristo, y las autoridades de esta Cristiandad son los *“lugartenientes de Jesucristo”*, encargados de hacer aplicar su Ley, de proteger la fe en Jesucristo, y de ayudar por todos los medios a su desarrollo, en pleno acuerdo con la Iglesia.

Se puede decir con verdad que todos los beneficios de la Cristiandad vienen de la Cruz de Jesús, y de Jesús crucificado; es una resurrección de la humanidad caída, gracias a la virtud de la sangre de Jesucristo.

Este programa maravilloso elaborado por la Sabiduría eterna de Dios no puede realizarse sin el sacerdocio, cuya gracia particular es perpetuar el único sacrificio del Calvario, fuente de vida, de Redención, de Santificación y de Glorificación.

La irradiación de la gracia sacerdotal es la irradiación de la Cruz. El sacerdote está, pues, en el corazón de la renovación merecida por Nuestro Señor. Su influencia es determinante para las almas y para la sociedad. Un sacerdote iluminado por su fe y lleno de las virtudes y dones del Espíritu de Jesús puede convertir numerosas almas a Jesucristo, suscitar vocaciones, transformar una sociedad pagana en una sociedad cristiana.

Queda claro que el papel del obispo, que es el sacerdote perfecto, es considerable para multiplicar los verdaderos sacerdotes, alentar las vocaciones religiosas, realizar instituciones cristianas para la vitalidad de la Cristiandad y el crecimiento del Reino universal de Nuestro Señor.

A los obispos les toca guardar una fe sin fallas y sin compromiso en la virtud de la Cruz de Jesús, única fuente de salvación, y no caer, a imagen del mundo, en la búsqueda de medios humanos para un apostolado supuestamente más eficaz; pues esto sería una señal de que han perdido su fe en Jesucristo crucificado.

A esto precisamente asistimos desde hace varias décadas, y esto es lo que lleva a la autodemolición de la Iglesia, según la expresión del mismo Pablo VI, colaborador decisivo en esta autodemolición.

Es Israel que abandona a Yahvéh, el único Dios verdadero, para prevaricar con los falsos dioses de las tribus vecinas, cuyas hijas tomaban por mujeres y cuyos dioses adoptaban. Israel acabará siendo oficialmente deificada. Pero su gloria vendrá de una virgen de la tribu de Judá, predestinada a ser Madre de Dios y Madre del Nuevo Israel.

De este modo, a pesar de las promesas de Nuestro Señor, que en verdad no dejan de realizarse, la mayor parte de las autoridades de la Iglesia prevarican con los falsos dioses modernos por medio del ecumenismo. Estos falsos dioses modernos son, no solamente los que las falsas religiones adoran, sino también las falsas ideologías divinizadas: la diosa Razón, la diosa Libertad, las diosas Democracia, Socialismo, Comunismo.

Dios, Jesucristo, la Iglesia católica, el santo Sacrificio de la Cruz y de la Misa, el verdadero Sacerdocio católico, no son ecumenistas, porque proclaman un Credo y practican una Ley antiecumenistas; trabajan por el reino universal del Rey de Reyes, Jesucristo crucificado. *“Un solo Dios, una sola fe, un solo bautismo”* (Ef. 4 5).

A este respecto, ya que hemos aludido al sentido de los sacramentos, me parece importante volver sobre la importancia que Nuestro Señor concede al bautismo del agua y del Espíritu. Por este bautismo Nuestro Señor quiere constituir el nuevo pueblo de Dios, destinado a la tierra prometida, a la vida eterna.

El hecho de que El haya querido ser bautizado por san Juan Bautista, y que todo el significado del bautismo del agua y del Espíritu se haya manifestado entonces de manera maravillosa, es absolutamente capital en la obra de la redención.

“En su bautismo toda la Trinidad se manifiesta, Cristo en su naturaleza humana, el Espíritu Santo en forma de paloma, y el Padre en la voz que se deja oír, para declarar la forma misma de este sacramento.

“Manifiesta también su efecto, al abrirse los cielos encima de su cabeza, porque por el bautismo se nos debía abrir de nuevo el cielo, en virtud del bautismo de sangre en que Jesucristo había de lavar en su propia persona el pecado del mundo” (III^a, 39, 1-8).

Así se manifiesta la universalidad de la virtud de la Cruz; y por el carácter impreso en el alma, esta última queda habilitada para participar en la Iglesia de los efectos del sacerdocio de Nuestro Señor, pero no para ejercer los actos jerárquicos que son competencia de este Sacerdocio.

Quienes han recibido la gracia del bautismo y llevan para siempre su carácter indeleble, en la medida en que son fieles a la gracia de su bautismo, superan en dignidad y en excelencia a todo el conjunto de las creaturas dejadas a su propia naturaleza.

Nuestro Señor ha querido que se nos transmitiese su conversación con Nicodemo en el Evangelio de san Juan. Sus palabras son claras: *“En verdad, en verdad te digo: quien no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios... Quien no naciere del agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios”* (Jn. 3 3-5).

Es también la orden que da Nuestro Señor de manera solemne cuando, antes de subir al Cielo, envía a los apóstoles en misión: *“Todo poder me ha sido dado en el cielo y en la tierra. Id, pues, y enseñad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo”* (Mt. 28 18).

Este bautismo de agua válido y que confiere el carácter, es el que constituye a la persona como miembro de derecho en la Iglesia, con sus derechos y deberes, aun en el caso en que este bautismo no confiera la gracia santificante, es decir, si no es fructuoso, como sucede con los protestantes, cuando su bautismo es válido. Al no tener la verdadera fe, no pueden recibir la gracia, pero reciben el carácter, que hará revivir la gracia si abjurán de sus herejías.

Hoy en día hay en la Iglesia una enseñanza llena de errores, cuando no de herejías, sobre los sacramentos y especialmente el bautismo. Es muy importante recordar la doctrina de la Iglesia sobre este punto. El nuevo rito del bautismo ha sufrido la influencia de estos errores, sobre todo en lo referente a los efectos del bautismo. La verdadera doctrina del bautismo corresponde perfectamente al espíritu misionero que Nuestro Señor transmitió a sus apóstoles. Las efusiones visibles del Espíritu Santo sobre los bautizados al principio de la evangelización confirman la importancia capital del bautismo. Aun hoy, en las regiones paganas, los misioneros reconocen a los bautizados por su rostro distendido, abierto, confiado, mientras que los paganos reflejan el temor, el espíritu de servidumbre, la desconfianza.

Desde entonces, la sangre de Jesús en que los cristianos han sido bautizados los llama a unirse al sacrificio de Jesús cada domingo, y a cumplir así el acto más importante de la virtud de religión, en unión con Nuestro Señor y con todo el Cuerpo místico, para gloria de la Santísima Trinidad.

Antes de concluir estas breves meditaciones sobre la santa Misa y los sacramentos, parece útil considerar especialmente el sacramento de penitencia, que en numerosas circunstancias ocupa gran parte del tiempo que el sacerdote consagra al apostolado. Dada la debilidad de las almas y los escándalos de la sociedad corrompida en medio de la que viven, las caídas son frecuentes. Por eso Nuestro Señor instituyó, en su infinita misericordia, *“una segunda tabla de salvación”*.

PRINCIPIO FUNDAMENTAL DEL COMBATE ESPIRITUAL: LAS HERIDAS EN NUESTRA ALMA DESPUÉS DEL BAUTISMO

La adquisición de la santidad necesaria para la salvación de nuestras almas no es algo tan sencillo. En efecto, nuestra experiencia diaria y la enseñanza de la Iglesia nos enseñan que la gracia del bautismo, aunque nos devuelva la gracia santificante por la efusión del Espíritu Santo, y nos libre del pecado original y de la presencia diabólica, no nos libra de todas las consecuencias del pecado original.

Estas consecuencias explican por qué nuestra vida espiritual reviste la forma de un combate espiritual, que ha de durar durante toda esta vida en la tierra.

Esta enseñanza es fundamental y da también una dirección a todo nuestro apostolado. Somos enfermos y necesitamos del Médico de nuestras almas y de los auxilios espirituales que El ha previsto.

He aquí la enseñanza de la Iglesia expresada por Santo Tomás de Aquino (I^a II^{ae}, 85, 3) ¹⁵:

“Por el pecado del primer hombre se perdió la santidad original. Por este motivo todas las fuerzas del alma quedaron en cierto modo destituidas de su orden propio, por el que naturalmente se inclinan a la virtud; y esta destitución se llama herida de la naturaleza («vulneratio naturæ»).

“En cuanto que la inteligencia se ve destituida de su orden a la verdad, tenemos la herida de ignorancia («vulnus ignorantiae»).

¹⁵ Padre Pègues, *op. cit.*, pág. 128.

“En cuanto que la voluntad se ve destituida de su orden al bien, tenemos la **herida de malicia** («*vulnus malitiæ*»).

“En cuanto que la fortaleza se ve destituida de su orden a las cosas arduas, tenemos la **herida de debilidad** («*vulnus infirmitatis*»).

“En cuanto que la concupiscencia se ve destituida de su orden a lo deleitable regulado por la razón, tenemos la **herida de concupiscencia** («*vulnus concupiscentiæ*»).

San Juan confirma esta verdad en su primera epístola: “*Todo lo que hay en el mundo es concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos, orgullo de la vida*” (I Jn. 2 16).

Estas cuatro heridas afectan a nuestras cuatro virtudes cardinales, provocando así en nosotros un desorden continuo.

La herida más devastadora parece ser la de ignorancia o ceguera, es decir, el desconocimiento de Dios y de Nuestro Señor Jesucristo, porque en este conocimiento reside la Vida eterna: “*Esta es la vida eterna: que te conozcan a Ti, el solo Dios verdadero, y a quien Tú enviaste, Jesucristo*” (Jn. 17 3).

Y en efecto, ¿cómo podríamos rendir a Dios el amor y el culto que le debemos si estamos ciegos sobre este punto? Los seminaristas y los sacerdotes nunca agradecerán lo suficiente a Dios el haberlos conducido a un seminario en el que todas las ciencias enseñan a conocer a Dios y a Nuestro Señor, y en el que toda la vida queda ordenada a rendir a la Santísima Trinidad el honor, el culto y el amor que se le deben, por la persona del Verbo encarnado, “*per Christum Dominum nostrum*”.

¡Ojalá que las almas sacerdotales entren valientemente en el combate espiritual para curar sus almas de estas heridas, y aprendan también a ser médicos de las almas, por la predicación, por la oración de la santa Misa, por la Eucaristía, y por el sacramento de penitencia! Los ejercicios espirituales son un medio poderoso para disminuir la ceguera de las almas y curar también las demás heridas.

Sin la inteligencia de estas verdades elementales, no se puede comprender la espiritualidad católica de la Cruz, del sacrificio, del desprecio de los bienes temporales para aferrarse a los bienes eternos.

Los demonios se sirven de todo lo sensible y deleitable para aumentar nuestras heridas. Lo que le pasó a Eva sigue siendo actual. A la palabra del demonio, Eva vio que la fruta era deleitable, “*pulchrum visu et delectabile*” (Gen. 3 6). A Dios le dirá, aunque tarde por desgracia: “*La Serpiente me engañó: decepit me*” (Gen. 3 13).

De ahí que la Iglesia, en toda su espiritualidad y sobre todo para las almas sacerdotales o consagradas a Dios, insista tanto en el alejamiento del mundo y de su espíritu, para no buscar más que las cosas eternas, a imitación de Jesús, y Jesús crucificado.

[Ahora bien, otra de las consecuencias desastrosas del Concilio ha sido tratar de destruir esta espiritualidad tradicional y católica de la renuncia, de la Cruz, del desprecio de las cosas temporales, de la invitación a llevar la propia cruz en seguimiento de Nuestro Señor, para buscar una justicia social basada en la envidia y el deseo de los bienes de este mundo, que lanza a los pueblos a luchas fratricidas que multiplican el número de pobres, cuando en realidad la verdadera espiritualidad es la que cambia los corazones y los orienta hacia una mejor justicia social.

[Este mal espíritu del Concilio, espíritu del mundo, invadió el mundo sacerdotal y religioso, y condujo a una destrucción del sacerdocio y de la vida religiosa sin precedentes. Es el gran éxito de Satanás: haber logrado mediante los hombres de Iglesia una destrucción que ninguna otra persecución había conseguido].

Así, pues, el sacerdote ha recibido el poder de aplicar los méritos de la Cruz y de la Sangre de Jesús a las almas que confiesan sus pecados con contrición, y cumplen una satisfacción por la pena debida a los pecados ya perdonados.

El ejercicio fructuoso de este ministerio exige del sacerdote numerosas cualidades: la ciencia de la ley divina y de las leyes de la Iglesia para juzgar la gravedad del pecado confesado, la prudencia, la discreción, el consejo, la caridad misericordiosa a ejemplo de Nuestro Señor, para dar al alma enferma los auxilios apropiados. En general, las almas aprecian más una dulce firmeza que un laxismo liberal; y es que desean ser curadas, aun cuando este deseo no sea explícito.

Ya que la contrición es esencial en la recepción del sacramento, es útil insistir frecuentemente en esta disposición y en el firme propósito. Para ser bien eficaz, la contrición debe ser interior y habitual. Este sentimiento profundo de pesar por el pecado, si persiste, pone al alma a cubierto del pecado, la mantiene en la humildad, en la desconfianza de sí misma, en la vigilancia continua. Tal es el consejo que Nuestro Señor renovó constantemente: “*Vigilate*”.

Aunque la satisfacción se cumpla con la oración o la acción pedida por el confesor, ha de continuarse también por la oración diaria, por los sacrificios y privaciones: el ayuno, la limosna. Con motivo de la satisfacción se manifiesta en toda su eficacia la realidad del Cuerpo místico, a propósito de las indulgencias. Es indudable que en el transcurso de la historia han podido introducirse algunos abusos con fines de lucro. Pero estos abusos si-

moníacos y condenables no suprimen la preciosa realidad de estas indulgencias que vienen en auxilio de la satisfacción, que sigue siendo una deuda con Dios, y que las indulgencias nos ayudan a saldar antes del juicio particular en la hora de nuestra muerte.

Un consejo precioso para este apostolado es comportarnos de manera tal en la sociedad, en las relaciones sociales, que las personas no tengan aprensión de pedirnos el sacramento de penitencia; es decir, guardar siempre un comportamiento realmente sacerdotal.

Capítulo 8

La Iglesia

Santo Tomás trató de la Iglesia más bien ocasionalmente que “*ex professo*”. Con motivo de la “*gratia capitis*”, gracia de la cabeza, que es la fuente de toda gracia santificante, y de la que se beneficia el Cuerpo místico de la Iglesia, se pregunta cuáles son los miembros de este Cuerpo místico cuya cabeza es Nuestro Señor. Su respuesta es muy instructiva: distingue a quienes son miembros sólo en potencia, de quienes lo son en acto, ya sea definitivamente —es la Iglesia triunfante, incluidos los ángeles—, ya sea quienes lo son actualmente “*in via*” por la fe y por la caridad, ya sea los pecadores que tienen fe, pero son miembros muertos por no tener la caridad.

La Iglesia, considerada como Cuerpo místico, es una realidad espiritual que incluye a todos los espíritus que viven de la Vida divina comunicada por Nuestro Señor, como sarmientos vivos unidos a la vid. Muchos, por desgracia, pueden separarse de la vid en esta vida y perecer; y otros, al contrario, pueden ser injertados en ella por el bautismo válido y fructífero, y vivir en ella.

Sin embargo, este Cuerpo místico e invisible para nosotros, se presenta en esta vida como una sociedad jerárquica visible fundada por Nuestro Señor, destinada a aumentar el Cuerpo místico según la orden que Nuestro Señor dio a sus apóstoles: “*Id, enseñad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo... Quien creyere se salvará, pero quien no creyere se condenará...*”.

El fin último, que es la salvación, está ligado ante todo a la fe. Toda la jerarquía instituida por Nuestro Señor está al servicio de la fe, que ha de permitir al fiel saciarse en las fuentes de la caridad, del Espíritu Santo y de su gracia. Toda la historia de la primitiva Iglesia es una ilustración muy instructiva de la aplicación estricta de las órdenes dadas por Nuestro Señor.

Con la efusión del Espíritu Santo en Pentecostés nace, con su vitalidad, la Iglesia que, por orden de Nuestro Señor, instituirá para los bautizados una liturgia sacramental, que incluye la oración, la predicación, el Oficio divino, la celebración de los misterios de la Cruz y de la Eucaristía; la Iglesia que multiplicará rápidamente los obispos, los sacerdotes y los demás órdenes, para la multiplicación y santificación de los que creen.

Del Israel del Antiguo Testamento nace el nuevo Israel del Nuevo Testamento, cuya cabeza es el Verbo encarnado, que conduce y forma a su pueblo a lo largo de este desierto para conducirlo a la Tierra Prometida, que es la mismísima Trinidad.

Así como el Israel del Antiguo Testamento tuvo una historia muy turbulenta por sus continuas infidelidades con Dios, muchas veces debidas a sus jefes y a sus levitas, así también la Iglesia militante en este mundo conoce sin cesar períodos de pruebas por causa de la infidelidad de sus clérigos, por sus compromisos con el mundo.

Cuanto de más arriba vienen los escándalos, tantos más desastres provocan. Ciertamente es que la Iglesia en sí misma conserva toda su santidad y sus fuentes de santificación, pero la ocupación de sus instituciones por papas infieles, y por obispos apóstatas, arruina la fe de los clérigos y de los fieles, esteriliza los instrumentos de la gracia, favorece los asaltos de todas las potencias del Infierno, que parecen triunfar.

Esta apostasía convierte a estos miembros en adúlteros, en cismáticos opuestos a toda tradición, en ruptura con el pasado de la Iglesia y, por lo tanto, con la Iglesia de hoy, en la medida en que permanece fiel a la Iglesia de Nuestro Señor. Todo lo que sigue siendo fiel a la verdadera Iglesia es objeto de persecuciones salvajes y continuas.

Pero no somos los primeros perseguidos por falsos hermanos por haber conservado la fe y la tradición; el Martirologio nos lo enseña cada día. Cuanto más ultrajada está la Iglesia, tanto más debemos aferrarnos a Ella, en cuerpo y alma, y esforzarnos por defenderla y asegurarle su continuidad, valiéndonos de sus tesoros de santidad para reconstruir la Cristiandad ¹⁶.

¹⁶ Recomendamos sobre este punto la lectura de los libros del Padre Calmel y los escritos del Padre Emmanuel sobre la Iglesia, escritos realmente admirables.

Capítulo 9

La Virgen María

Santo Tomás evoca los grandes privilegios de la Virgen María con motivo de la misión del Verbo a este mundo por su Encarnación (III^a, 31-35).

El lugar de María en la realización de la obra de la salvación de la humanidad por el Verbo encarnado es tal, que merece ser evocada de manera muy particular.

Sí María, por su “*fiat*”, se convirtió milagrosamente en Madre de Dios, en Madre del Salvador, por el mismo hecho se convertía también en Madre de su Cuerpo místico, es decir, de todos los que habían de vivir de la vida de Jesús en esta tierra y en la eternidad. También se convirtió en Reina de los ángeles, y en Adversaria definitiva de los demonios.

Nosotros nos hemos hecho hijos suyos por el bautismo, y nos alimentamos de su carne y de su sangre en la Eucaristía. Ella es realmente nuestra Madre espiritual.

Esta maternidad divina le ha valido privilegios únicos, y ante todo su inmaculada concepción con la plenitud de gracia desde el instante de su concepción. Ella es la única creatura humana exenta de las consecuencias del pecado original.

Otro privilegio inaudito: ella es Madre de Jesús y permanece virgen antes, durante y después del parto. Nada es imposible para Dios, como le dijo el Ángel Gabriel. El Niño Jesús salió del seno de la Virgen “*ianuis clausis*”, sin destruir su himen; Ella no sufrió los dolores de la maternidad. ¡Cuántos errores hay en los catecismos modernos sobre este punto!

Ella quedó exenta, por lo tanto, de toda debilidad y de toda enfermedad, que son consecuencias del pecado original.

Y por fin, puesto que su cuerpo no era susceptible de corrupción, fue resucitado y llevado al Cielo: es el privilegio de su Asunción. Desde entonces Ella es la Reina del Cielo y de la Tierra.

Ella es también, gracias a su Maternidad divina, la Mediadora de todas las gracias que se nos conceden; su Maternidad espiritual es universal. Si Jesús es la Cabeza del Cuerpo místico, María es su cuello, como dicen los Padres de la Iglesia.

Siendo María la Madre del Sacerdote eterno, ejerce una maternidad particular sobre todos los que participan del sacerdocio de Jesús. ¡Dígnese la Virgen María formar en nosotros sacerdotes a imagen de su divino Hijo! Que la devoción a María tenga un lugar de honor en todas las casas de la Fraternidad y en los corazones de todos sus miembros. María nos conservará en la fe católica. Ella no es liberal, ni modernista, ni ecumenista. Ella es alérgica a todos los errores, y con mayor razón, a las herejías y a la apostasía ¹⁷.

¹⁷ Se leerán con provecho las obras de San Luis María Grignon de Montfort, al igual que los libros del Padre Terrien sobre las glorias de María.

Capítulo 10

Las postrimerías

Con la Asunción de la Virgen María franqueamos los límites que separan el mundo terrenal del mundo celestial.

Cierto es que desde que la Misericordia divina se manifestó entre nosotros en la persona del Verbo encarnado, el mundo terrestre ha quedado vinculado con el mundo celestial a través de gracias innumerables; pero también es verdad que para cada uno de nosotros, a pesar de la gracia de todos los sacramentos, sigue habiendo una consecuencia del pecado original de la que nadie escapa: la muerte.

Mas ¿no es verdad que para los cristianos el rigor de esta pena, de este castigo, queda suavizado por la muerte de Nuestro Señor? Con El morimos, con El vivimos; y también con El viviremos y resucitaremos.

Toda la vida de la fe y de la gracia nos enseña a dirigirnos hacia las cosas celestiales: “*terrestria contemneret et amare caelestia!*”. ¡Cuántas veces nos lo repiten las oraciones litúrgicas: “*despreciar las realidades de este mundo y amar las realidades celestiales!*”! San Pablo nos da la razón de ello: las primeras son pasajeras, las últimas son eternas. Por lo tanto, la muerte nos hace pasar de este mundo efímero al mundo espiritual, ya que incluso los cuerpos resucitados serán espiritualizados. “*Seminatur corpus animale, surget corpus spirituale*: Siémbrese un cuerpo animal, resucita un cuerpo espiritual” (I Cor. 15 43).

Por esta razón las postrimerías han de interesarnos en grado sumo, tanto más cuanto que todas nuestras acciones en esta vida preparan esta futura eternidad. Vivir en la indiferencia o en la inconsciencia de estas postrimerías es una insensatez. Es el motivo fundamental de la Encarnación, de la Redención: la vuelta a Dios por Jesucristo; es lo esencial de la Suma teológica de Santo Tomás, porque es lo esencial de la razón de nuestra existencia: ser de Dios para siempre.

De ahí la gran necesidad de insistir constantemente en estas postrimerías en nuestras predicaciones. Los retiros de San Ignacio y todos los retiros no tienen otro fin: salvar nuestras almas, santificándolas por Jesucristo.

Todos los escritos inspirados del Nuevo Testamento no tienen otro fin que llamar nuestra atención sobre la vida eterna y hacernos evitar la condenación. Toda la liturgia de la Iglesia nos rodea, nos acompaña, nos alimenta para conseguir el fin esencial. Todo su espíritu misionero se orienta al envío de los pastores: “*Euntes, docete... Ite ad vineam meam!*”.

La enseñanza de la Iglesia sobre estos fines últimos, al igual que la de Nuestro Señor, es formal y clara, aunque sus modalidades sigan siendo aún misteriosas para nosotros.

La certeza de nuestra salvación, el número de los elegidos y de los condenados, el modo de desarrollarse el Juicio personal en el instante de nuestra muerte, la naturaleza exacta del Purgatorio, su duración cuando ya no estamos sometidos al tiempo, el estado de los elegidos antes del Juicio universal y la resurrección, son otras tantas situaciones aún misteriosas para nosotros; pero sabemos, y es lo esencial, que la felicidad reservada a los elegidos supera todo lo que ellos pueden imaginar, y que el Infierno es un lugar de tormentos atroces.

Tratemos, con la ayuda de Santo Tomás, de precisar un poco la enseñanza de la Iglesia sobre lo que la Providencia ha previsto para después de la muerte.

Es conveniente que el sacerdote que tiene la cura de almas conozca bien el más allá, viva en él, y pueda así instruir exactamente a los moribundos, o a los padres y amigos de quienes mueren.

¿Acaso uno de sus principales deberes no es velar junto a los fieles durante sus últimas horas en la tierra, ilustrarlos, animarlos, prepararlos por los últimos sacramentos, por las oraciones de los agonizantes, y luego conducir sus despojos junto al altar del Sacrificio, y por fin al cementerio? En estas ocasiones, ¡cuántas enseñanzas preciosas puede dar a todos los que rodean al difunto!

[Las novedades conciliares en este campo son escandalosas para la fe de los fieles y rayan la herejía: las ceremonias dan a entender que todas las almas se salvan, incluso los peores enemigos del catolicismo tienen acceso a la iglesia, se admiten las urnas de los cuerpos incinerados, los sacerdotes ya no acompañan el cuerpo hasta el cementerio. Se ignora el Purgatorio, y así las oraciones y sufragios por los difuntos se hacen incomprensibles. Ahora bien, esta es otra de las manifestaciones de la fe de la Iglesia que conmueve a los fieles].

¿Qué ocurre en el momento preciso en el que el alma, en cierto sentido, es expulsada por un cuerpo que ya no es capaz de seguir siendo animado por el alma?

Santo Tomás, apoyándose en las palabras mismas de Nuestro Señor, piensa que las almas, según el estado en que se encuentran, van por sí mismas a los lugares que les están destinados, al modo como los cuerpos van a sus lugares atraídos por su gravedad.

Las almas en estado de gracia y cuya caridad es perfecta van al Cielo, y gozan inmediatamente de la visión beatífica, esperando el complemento de felicidad que les dará la resurrección de los cuerpos.

Las almas en estado de gracia, pero con una caridad disminuida e imperfecta a causa de sus pecados veniales, y que aun tienen que expiar las penas debidas por los pecados ya perdonados, van al Purgatorio.

Las almas no liberadas del pecado original, pero sin pecados personales, van al Limbo, y se verán privadas de la visión de Dios, pero gozarán de una felicidad natural.

Las almas en estado de pecado grave, privadas de la caridad, van al Infierno para siempre, esperando la resurrección de sus cuerpos, que les será un motivo de sufrimiento suplementario.

Tres de estos lugares son definitivos: el Cielo, el Limbo, el Infierno, de modo que ningún sufragio, ninguna oración, ninguna buena acción, ninguna intercesión, puede modificar el estado de las almas que allí se encuentran.

Queda claro pues que todas las oraciones, sufragios, indulgencias, limosnas, aconsejadas y realizadas por la Iglesia en favor de los difuntos, tienen por único fin el alivio y liberación de las almas del Purgatorio, que ya no pueden hacer nada por sí mismas.

Por este motivo es preciso insistir en que **la existencia del Purgatorio** es un artículo de fe. Quien niega el Purgatorio es un hereje.

Si el Purgatorio no existiera, todo lo que la Iglesia, desde su origen, ha hecho o pedido hacer en favor de las almas de los difuntos, carecería de objeto.

Cierto es que las almas del Purgatorio se acercan progresivamente al Cielo y serán liberadas después de su purificación; pero los sufragios de la Iglesia militante pueden ayudarlas eficazmente a una más pronta liberación, sobre todo ofreciendo el Santo Sacrificio de la Misa.

No obstante, las almas del Purgatorio, animadas por la caridad, pueden interceder por nosotros. Ellas lo harán tanto más ardentemente, cuanto más acudamos nosotros en su auxilio.

Si queremos conformarnos con el espíritu de la Iglesia católica, hemos de tener una verdadera devoción a las almas de este Purgatorio en el que nosotros mismos permaneceremos, muy probablemente, más o menos tiempo; esperémoslo al menos, ya que será señal de nuestra elección. Si pudiéramos conocer la santidad y la incomparable pureza de Dios, no nos extrañaría que descubra en nosotros imperfecciones incompatibles con la santidad de la Santísima Trinidad.

No me detengo sobre el **Limbo**, donde se encuentran las almas que sólo tienen el pecado original, sin pecado personal. Estas almas se encuentran privadas de la Visión beatífica, pero sabiéndose absolutamente incapaces de gozar de ella, no sufren por eso: esta es la opinión de Santo Tomás y de la mayoría de los doctores¹⁸.

Es muy precioso poder dar una respuesta a los padres no culpables del fallecimiento de su niño antes de que haya podido ser bautizado. Pero, en cambio, ¡qué responsabilidad para las madres que abortan voluntariamente, y para quienes contribuyen a dicho aborto! ¿Cómo no temer, para estos crímenes, la maldición de Dios en este mundo y en el otro?

En estos tiempos en que todos los dogmas son puestos en tela de juicio, incluso dentro mismo de la Iglesia, es muy importante conocer bien la doctrina de la Iglesia para reafirmarla y salvar a las almas.

“El temor de Dios es el comienzo de la sabiduría”. El temor filial, indudablemente, es más de desear que el temor servil, la contrición más que la atrición. Pero ¡cuántas almas se han salvado por el temor servil y la atrición!

El temor del **Infierno** es un temor saludable, que mantiene a muchas almas alejadas del pecado mortal. Los hombres temen con razón este castigo horrible, del que Nuestro Señor habla con términos que estremecen, castigo inmediato y eterno, sin remisión posible, porque el odio destruye toda caridad, y el Infierno es la ausencia de caridad.

Lo que hay que tratar de destruir a toda costa es la costumbre del pecado mortal, o la permanencia en el estado de pecado mortal.

Con este fin es provechoso meditar constantemente en la gravedad del pecado mortal, considerando sus consecuencias.

¹⁸ Cf. P. Lachat, *Somme Théologique de saint Thomas*, t. 15, p. 480, q. 21.

Hemos de tener siempre presentes dos temas de meditación que nos revelan la gravedad, se puede decir infinita, del pecado mortal. El solo pecado de desobediencia de Adán y Eva provocó dos efectos, que deberían bastar para alejarnos de todo pecado mortal.

La primera consecuencia: todos los males, los más horribles que se puedan imaginar, que se han abatido sobre su descendencia, incluido el mismo Infierno. La historia de la humanidad es la historia de los sufrimientos, de las guerras, de las enfermedades, de la crueldad de unos hombres contra otros, de la muerte, pero sobre todo de las miserias morales que se pagan con una eternidad de fuego: un solo pecado ha provocado estas innumerables desgracias.

La segunda consecuencia: la muerte de Dios en la Cruz; muerte considerada por Dios mismo como el único medio conveniente para contrarrestar las consecuencias del pecado y hacer revivir espiritualmente, y un día corporalmente, a quienes crean en El y reciban de El la gracia de la Vida divina, preludio de la Vida eterna.

Lo que debieron ser esta pasión y esta muerte, preguntémoslo a Nuestra Señora de los Dolores. Ayúdenos Ella a medir el dolor y la caridad del Dios crucificado en el cuerpo que de Ella se dignó recibir.

¡Un solo pecado provocó la Pasión y la crucifixión del Verbo encarnado! Ojalá que por estas consideraciones evitemos todo pecado grave, ayudemos a nuestros fieles a evitarlos igualmente, y en caso de caída nos valgamos de esta tabla de salvación que es el sacramento de penitencia.

Aquí también aparece nuestra Santa Misa, sacrificio de la Cruz elevada como señal de la Salvación y de la victoria contra Satanás, contra el pecado, contra la muerte, contra el mundo. “*Mors mortua tunc est*”, “*Ave Crux, spes unica*”, “*In hoc signo vinces*”.

No dudemos en hablar del Infierno, como lo hizo Nuestro Señor mismo en muchas circunstancias. El nos dio a conocer el fuego del infierno, los dolores persistentes, su duración eterna. Debemos hacernos eco de estas palabras de Nuestro Señor, para salvar las almas de nuestros fieles. Cada día ofrecemos el santo Sacrificio con esta intención: librar a la familia cristiana de la condenación eterna: “*Ab aeterna damnatione eripi*”.

Deberíamos meditar ahora sobre la patria celestial, en que se encuentran las almas santificadas y purificadas para gozar por fin de la felicidad eterna. Sin embargo, como Santo Tomás, antes de contemplar la morada de la Santísima Trinidad, digamos algunas palabras sobre la remuneración y el Juicio universal.

Nuestro Señor nos enseña que este mundo tendrá fin, cuando Dios, en su sabiduría omnipotente, haya decidido que el número de los elegidos está completo. Algunas señales precursoras anunciarán este fin, particularmente la venida del Anticristo; pero nadie sabe ni el día ni la hora. Dios se ha reservado este secreto.

Sin embargo, la Sagrada Escritura y la Tradición nos enseñan que este fin tendrá lugar súbitamente, en un abrir y cerrar de ojos, “*in ictu oculi*”. Entonces sucederán los acontecimientos anunciados, la Omnipotencia de Dios y de Nuestro Señor Jesucristo se manifestarán por la purificación inmediata de las almas del Purgatorio, por la muerte y purificación inmediata de las almas que tendrían que ser purificadas, y que serán testigos de todos estos acontecimientos.

Al toque de la trompeta de los ángeles, todos los cuerpos resucitarán, para complemento de gloria de los elegidos y aumento de las penas de los condenados. Luego Nuestro Señor aparecerá en su gloria para realizar el Juicio universal, que pondrá un término final a la historia de la humanidad, glorificando a su Esposa mística la Iglesia, y a todos los miembros de su Cuerpo místico, llevándolos consigo al seno de la Trinidad bienaventurada para la eternidad; pero también arrojando a las tinieblas eternas a todos los que no hayan creído en El o hayan rechazado en su vida la caridad del Espíritu Santo, oponiéndose a la Ley de caridad inscrita en su corazón, prefiriendo seguir sus pasiones y su egoísmo suicida.

Santo Tomás piensa que el Juicio universal será percibido por una iluminación mental particular, que hará evidente la sentencia aplicada a cada uno.

Se puede pensar que los elegidos serán luminosos desde este momento, como rodeados de la vestidura nupcial, mientras que los condenados serán entenebrecidos. Entonces los ángeles reunirán rápidamente a los predestinados junto a Nuestro Señor, y arrojarán al Infierno a los enemigos de Cristo. Así se realizará **la vuelta a Dios** por Nuestro Señor.

Bienaventurados los que hayan vivido para hacer reinar al Corazón de Jesús y al Corazón de María en sí mismos y a su alrededor, y se hayan esforzado por cumplir siempre su voluntad, llenos de la gracia del Espíritu Santo, recibida especialmente por el bautismo de agua, o por el bautismo de sangre, o por el bautismo de deseo.

Entonces no habrá ecumenismo, ni libertad religiosa, sino solamente cristianos católicos, entre los cuales habrán conversos de las falsas religiones.

¡Qué doctrina maravillosa y consoladora la de la Iglesia católica, revelada en el transcurso de la historia humana por el Verbo de Dios encarnado, y a la que El mismo aportó su complemento definitivo mientras vivió entre nosotros! Los apóstoles transcribieron y transmitieron fielmente este precioso depósito, y con ellos se clausuró la época profética; comenzó entonces la época dogmática, durante la cual la Iglesia definió lo que forma parte de este depósito.

Los Padres de la Iglesia, los teólogos, bajo la vigilancia de la Iglesia, escrutaron fielmente este depósito, lo interpretaron, lo organizaron, lo defendieron contra las herejías.

Santo Tomás brilla entre ellos como una luz. Su Suma teológica es una obra maestra de colaboración entre la fe y la razón para establecer la Revelación sobre bases irrefutables: muestra con evidencia que las dos fuentes son de origen divino, y por consiguiente tienen que confirmarse mutuamente. La fe, sin embargo, sigue siendo la fuente más segura de la ciencia de Dios y de las cosas divinas; ella es la regla de oro de la sabiduría.

La Suma podría resumirse así: venir de Dios para volver a Dios por medio de Dios, este es el destino del hombre. ¡Qué maravilla! ¡Qué programa! La enunciación de este programa en la escuela de Santo Tomás nos lleva constantemente a la admiración y a la contemplación de los misterios de la Sabiduría, de la Ciencia y de la Caridad de Dios, y de su misericordia hacia sus creaturas humanas.

El término de este estudio ha de ser la consideración del don inefable que Dios hace de Sí mismo a sus elegidos por el Verbo encarnado, don que supera toda expresión y toda descripción, como lo afirma San Pablo: “*Lo que ojo no vio, ni oído oyó, ni a corazón de hombre se antojó, tal preparó Dios a los que le aman*” (I Cor. 2 9).

Dios, espíritu puro y eterno, nos ha creado a su imagen, espíritus como somos, dotados de inteligencia y de voluntad, destinados a conocerlo, amarlo y gozar de El eternamente. A este fin, para verlo y gozar de El, era necesario que concediera a nuestro espíritu, a nuestra alma, un aumento de perfección que nos hiciera partícipes de su naturaleza divina, y sobreeleva nuestras facultades para que pudiéramos contemplarlo tal como El se conoce a sí mismo —aunque no en la misma medida en que El se conoce a Sí mismo, pues eso es exclusivo de las Personas divinas—.

Nuestras inteligencias no verán una imagen o una idea de Dios, sino a Dios mismo, sin intermediario. El mismo Dios, sumamente inteligible, pasará a ser el objeto inmediato y la forma de nuestras inteligencias. Así lo conoceremos en verdad, tal cual es. Por este motivo es imposible imaginarnos en esta vida lo que puede ser esta visión, que abrasará nuestras almas en un amor indefectible a Jesús y a la Santísima Trinidad.

Entonces la gloria de Dios, su esplendor, su luz, nos cubrirá y nos hará gloriosos; y esta gloria se extenderá a nuestros cuerpos espiritualizados, dotados de las propiedades de impasibilidad, de sutileza, de agilidad y de claridad.

Lo que veremos en Dios superará en belleza, en bondad, en esplendor, todo lo que podemos imaginar. Admiraremos a la Iglesia triunfante y sobre todo a Nuestro Señor con todos sus privilegios reales y divinos, a María Reina del Cielo adornada con todos sus dones, a las miríadas de los arcángeles y de los ángeles, y a todos los elegidos con su diversidad de gloria proporcionada a su grado de caridad. Dios será realmente todo en todos, honrado y adorado como se debe, sin discordancia. A la luz del Ser infinito de la Santísima Trinidad, de sus perfecciones, nuestras almas serán transportadas en acción de gracias por todo lo que Dios se dignó sufrir por nuestra salvación, y se sentirán confundidas por la misericordia que Dios ejerció con nosotros.

La tradición nos enseña que las vírgenes, los mártires y los doctores tendrán aureolas particulares que aumentarán su gloria.

Ante estas perspectivas que son el objeto de nuestra fe y el fin de nuestra existencia, ¡cómo no gemir como Nuestro Señor en su agonía en el huerto de los Olivos, pensando en todas estas almas alejadas de Nuestro Señor, a quien desprecian por la indiferencia, el olvido, el pecado, y que se encaminan al Infierno!

Nuestro Señor, en su caridad misionera, subió a la Cruz, porque por ella quería abrir las puertas de la salvación y acumular los méritos capaces de salvar a toda la humanidad. Eligió entonces a doce apóstoles, les comunicó el poder sobre su Sacrificio, sobre su Cuerpo y su Sangre, haciéndolos sacerdotes de su Sacerdocio; los instruyó y santificó por el Espíritu Santo, y luego los envió hasta los confines de la tierra para anunciar la nueva de la salvación, y santificar por el bautismo y los sacramentos a quienes creyeran en su Nombre.

A imitación de los apóstoles, nos destinamos a participar de este sacerdocio, o participamos ya de él. Pongamos toda nuestra confianza en quien nos envía, Nuestro Señor Jesucristo crucificado, y como los Apóstoles, prediquemos la verdadera doctrina de la salvación en Nuestro Señor y ofrezcamos el sacrificio redentor.

Los resultados serán los mismos que los apóstoles: algunos creerán, otros se mostrarán incrédulos: “*Te escucharemos otro día*”; algunos nos perseguirán, como persiguieron a Nuestro Señor y a los apóstoles: “*Me odian, os odian*”. Lo que importa es que, de nuestra parte, evitemos en nuestra vida sacerdotal todo lo que pueda ser obstáculo a la eficacia de nuestro apostolado, y especialmente el abandono de la oración y de la unión con Dios.

Por encima de todo guardemos la fe, ya que por ella murió Nuestro Señor, por haber afirmado su divinidad; por ella murieron todos los mártires; por ella se santificaron todos los elegidos. Huyamos de quienes nos la hacen perder o la disminuyen.

“O Timothee, depositum custodi, devitans profanas vocum novitates... Certa bonum certamen fidei, apprehende vitam æternam: ¡Oh Timoteo!, guarda el depósito, evitando las profanas novedades de palabras... Lucha el buen combate de la fe, conquista la vida eterna” (I Tim. 6 30, 12).

*“Elegit nos in Ipso, ante mundi constitutionem,
ut essemus sancti”*

(Ef. 1 4)

Notas complementarias

1. NECESIDAD ABSOLUTA DE LA RELIGIÓN CRISTIANA CATÓLICA PARA LA SALVACIÓN Y LA SANTIDAD

La búsqueda de la santidad cristiana en Jesucristo y por Jesucristo **no es libre**. “*Elegit nos, in Ipso, ante constitutionem mundi, ut essemus sancti: Nos eligió en Jesucristo, antes de la creación del mundo, para que seamos santos*” (Ef. 1 4).

Ninguna creatura humana puede eximirse de esta **necesidad absoluta** para llegar a la salvación. Toda la Escritura lo atestigua. Y Nuestro Señor, por quien todo ha sido hecho, ha instituido la Iglesia, el Estado y la familia, para contribuir, cada uno según su naturaleza, a la santificación de las almas por Jesucristo.

La libertad que Dios nos da está **esencialmente finalizada** hacia la Verdad y el Bien por la ley de la caridad. No somos libres de amar o no amar a Dios, a la Santísima Trinidad y a nuestro prójimo. La libertades correlativa a la Ley de amor y de caridad.

Dios cuidó de **darnos sus leyes** por su Verbo, leyes divinas totalmente inspiradas por el Espíritu de caridad, por el Espíritu Santo. Las leyes de la Iglesia, del Estado, de la familia, deben conformarse con estas leyes divinas, y venir así en auxilio de las almas solicitadas por el error y el pecado, y ayudarlas a convertirse al único médico: Jesucristo, Verdad y Santidad.

[Desligar las almas de la obediencia a las leyes de la sociedad civil, que no son más que la aplicación de las leyes divinas, y hacer de esta liberación un derecho natural, es un crimen de rebeldía a Dios, a Nuestro Señor. La laicización de los estados católicos y su liberación de toda religión es un crimen de apostasía, que clama venganza, cuando se calculan sus consecuencias para la pérdida de las almas. La libertad de cultos y el ecumenismo que lo fomenta son un “delirio”, como lo decía Gregorio XVI en su encíclica “Mirari vos”].

2. OBJETIVIDAD DE NUESTRA NATURALEZA ESPIRITUAL Y DE LA SANTIDAD. PELIGROS DEL SUBJETIVISMO CONCILIAR

Nuestra espiritualidad es objetiva, en el sentido de que todo lo que nos santifica viene de Dios por Nuestro Señor. “*Sin Mí, dice Nuestro Señor, nada podéis hacer*”. Todo el capítulo 15 de San Juan es una afirmación de esta realidad. Nuestra inteligencia se santifica en la verdad que le es enseñada, y que no viene de ella. Nuestra voluntad se santifica en la ley y la gracia del Señor, que tampoco vienen de ella.

Esta dependencia de la realidad divina, distinta de nosotros mismos, es esencial para mantener el alma profundamente arraigada en la virtud de humildad, en la adoración, en el agradecimiento y en un deseo cada vez más vivo de saciamos y de alimentamos en las fuentes de la santidad, especialmente las del Corazón de Jesús ¹⁹.

[Es difícil medir los estragos espirituales causados por la tendencia subjetivista del Concilio, por su personalismo, que se esfuerza equivocadamente por hacer abstracción de la finalidad de la naturaleza humana, de su libertad finalizada; así se explica esta exaltación del hombre, de sus derechos, de su libertad, de su conciencia: humanismo pagano que arruina la espiritualidad católica, el espíritu sacerdotal y religioso].

¡Cuánto debemos meditar estas realidades para seguir siendo católicos y guardar los principios y las fuentes de la verdadera santidad! ¡Bienaventurados los “*esurientes*” y los “*pauperes spiritu*” del Magnificat y de las Bienaventuranzas! ¡Ay de los “*divites*” que están llenos de sí mismos, y ya no tienen necesidad ni de Dios ni de Jesucristo!

Al venir de un mundo en el que reina por todas partes el subjetivismo, que pone como fundamento de las relaciones sociales la conciencia individual, la libertad de conciencia, la autonomía de la persona, y que justifica todos los errores y todos los vicios, los jóvenes seminaristas han de poner todo su empeño en volver a encontrar

¹⁹ El Padre Garrigou-Lagrange, en su introducción a “*De Christo Salvatore*”, tiene consideraciones muy profundas sobre la objetividad de la espiritualidad, muy útiles en nuestro tiempo de subjetivismo.

el camino de la verdad y de la virtud, en la objetividad de nuestras facultades, y en reconocer en Nuestro Señor la Verdad y la Santidad.

3. LA ELECCIÓN PROVIDENCIAL DE ROMA COMO SEDE DE PEDRO, Y LOS BENEFICIOS DE ESTA ELECCIÓN PARA EL CRECIMIENTO DEL CUERPO MÍSTICO DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

Creo que debo añadir algunas líneas para llamar la atención de nuestros sacerdotes y de nuestros seminaristas sobre el hecho incontestable de las influencias romanas sobre nuestra espiritualidad, sobre nuestra liturgia, e incluso sobre nuestra teología.

No se puede negar que esto sea un hecho providencial: Dios, que conduce todas las cosas, en su sabiduría infinita preparó a Roma para que fuera la sede de Pedro y el centro de irradiación del Evangelio. De allí el adagio “*Unde Christo e Romano*”²⁰.

Dom Guéranger, en su “*Historia de Santa Cecilia*”, muestra la gran parte que tuvieron los miembros de las grandes familias romanas en la fundación de la Iglesia, donando sus bienes y su sangre por la victoria y el reinado de Jesucristo. Nuestra liturgia romana es el testigo fiel de ello.

La “*Romanidad*” no es una palabra vacía. La lengua latina es un ejemplo importante de ello. Ella llevó la expresión de la fe y del culto católico hasta los confines del mundo. Y los pueblos convertidos estaban orgullosos de cantar su fe en esta lengua, símbolo real de la unidad de la fe católica.

Los cismas y las herejías comenzaron muchas veces por una ruptura con la Romanidad, ruptura con la liturgia romana, con el latín, con la teología de los Padres y de los teólogos latinos y romanos.

Esta fuerza de la fe católica, arraigada en la Romanidad, es lo que la Masonería quiso destruir al ocupar los Estados Pontificios y al encerrar la Roma católica en la Ciudad del Vaticano. Esta ocupación de Roma por los masones permitió la infiltración del modernismo en la Iglesia y la destrucción de la Roma católica por los clérigos y Papas modernistas, que se apresuran en destruir todo vestigio de “*Romanidad*”: la lengua latina, la liturgia romana. El Papa eslavo es el más encarnizado en cambiar lo poco que guardaba el Tratado de Letrán y el Concordato. Roma ya no es ciudad sagrada. El Papa alienta la implantación de las falsas religiones en Roma, realiza allí escandalosas reuniones ecuménicas, fomenta por todas partes la inculturación de la liturgia, destruyendo los últimos vestigios de la liturgia romana. Modificó en la práctica el estatuto del Estado del Vaticano. Renunció a la coronación, negándose así a ser jefe de Estado. Este encarnizamiento contra la “*Romanidad*” es un signo infalible de ruptura con la fe católica, a la que ya no defiende.

Las Universidades pontificias romanas se han convertido en cátedras de pestilencia modernista. El carácter mixto de la Gregoriana es un escándalo perpetuo.

Todo debe ser restaurado “*in Christo Domino*”, tanto en Roma como en otras partes.

Escurtemos cómo las vías de la Providencia y de la Sabiduría divina pasan por Roma, y concluiremos que no se puede ser católico sin ser romano. Esto se aplica también a los católicos que no tienen ni la lengua latina, ni la liturgia romana; si siguen siendo católicos, es porque siguen siendo romanos, como sucede, por ejemplo, con los maronitas, gracias a los vínculos de la cultura francesa católica y romana que los formó.

Por lo demás es erróneo, a propósito de la cultura romana, hablar de cultura occidental. Los judíos católicos trajeron consigo del Oriente todo lo que era cristiano, todo lo que en el Antiguo Testamento era una preparación e iba a ser un aporte al cristianismo, todo lo que Nuestro Señor asumió y el Espíritu Santo inspiró a los Apóstoles que se sirvieran. ¡Cuántas veces las epístolas de San Pablo nos instruyen sobre este punto!

Dios quiso que el cristianismo, vertido de alguna manera en el molde romano, recibiese de él un vigor y una expansión excepcionales. Todo es gracia en el plan divino, y nuestro divino Salvador lo dispuso todo, como se dice de los Romanos, “*cum consilio et patientia*”, o “*suaviter et fortiter*”.

A nosotros nos corresponde también guardar esta Tradición romana querida por Nuestro Señor, al igual que quiso que tuviéramos a María por Madre.

²⁰ Dicho italiano que significa: *Cristo se hizo Romano*.